

Por qué hice las "Chekas" de Barcelona

LAURENCIO
ANTE EL
CONSEJO
DE
GUERRA

POR
R.L. CHACÓN



**POR QUE HICE LAS CHEKAS
DE BARCELONA**

**LAURENCIC
ANTE EL CONSEJO
DE GUERRA**

por R. L. CHACON

**BARCELONA
1938
AÑO DE LA VICTORIA**

A LOS CABALLEROS

DE ESPAÑA

A los que, inflamados de ardor patriótico, fe y esperanza en la Causa Nacional, Cruzada de España, supisteis hacer honor a vuestra condición de españoles, sin que desmayara un instante vuestro recto espíritu, vuestro temple, de acero indomeñable.

A los que penasteis en las Chekas de Vallmajor y de Zaragoza, y en las prisiones flotantes de los barcos "Argentina", "Uruguay" y "Villa de Madrid", y moristeis martirizados, con la sonrisa del Santo, pronunciando el nombre de España.

EL AUTOR.

PROPOSITO DE ESTE LIBRO

El Consejo de guerra contra Alfonso Laurencic, autor de los planos y constructor de las «chekas» de las calles de Vallmajor y Zaragoza, es, tal vez, uno de los episodios de más resonante sensación en la política general española desde hace muchos años.

Durante mucho tiempo se hablará en España y fuera de ella, del siniestro Laurencic, que con increíble e inaudita perversidad prepara, organiza y ejecuta un vasto y tupido plan de tormentos en las cárceles rojas, poniendo su menguado oficio al servicio del marxismo masónico-separatista.

Por la gran envergadura de este proceso, por la triste notoriedad de las «chekas»; las personas que sufrieron y murieron torturadas; las que depusieron como testigos y víctimas ante el Consejo de guerra, y el aparato de refinada crueldad que en el sumario se consigna, quedará en la Historia de estos últimos años como uno de los más sensacionales acontecimientos regis-

trados al socaire de las pseudo reivindicaciones sociales del utópico marxismo.

Para recopilar y agrupar todo lo concerniente a este Consejo de guerra; las escalofrantes declaraciones de Laurencic; el sinuoso y frío temperamento del procesado, que con cinismo extraordinario menospreció, ante el digno Tribunal militar, a todos los españoles; por ejercitar un acto de patriotismo, al hacer públicos pormenores y detalles que demuestran hasta dónde puede llegar la perversidad humana, transcribir fragmentos de escritos del propio Laurencic por medio de los cuales se revelan sus instintos satánicos, y, al propio tiempo, para poner de manifiesto lo que era «la Justicia roja» en la España esclavizada y depauperada por los Negrines, Azañas, Companys y Comoreras, es por lo que se edita este libro.

Creo conseguiré mi propósito al divulgar lo que eran las cárceles rojas, dejando que sea el propio Laurencic quien lo haga por sí mismo, dando cabida en las últimas páginas a los postreros momentos del procesado, cuyas palabras he procurado recoger con la mayor fidelidad.

Las noticias, pues, recopiladas en este libro no han sido sino muy ligeramente desfloradas por la Prensa.

La figura tenebrosa del aventurero Alfonso Laurencic.

Como instrumento organizador del terror, Laurencic es el genio tenebroso al igual que Fouché, el político francés de la época de la Revolución, el Consulado y el Imperio, que implantara en Nantes el dominio del terror y el ateísmo.

Como entendido, como técnico, Laurencic ofrece sus conocimientos de arquitectura al grotesco y sanguinario Comité rojo. Este le apresa y le otorga más tarde trato de favor como recluso, porque con perfidia increíble quiere utilizarle para sus siniestros planes carcelarios, entonces en preparación. Laurencic no vacila; antes bien, inicia su repulsiva y criminal labor hasta montar con el mayor cuidado y refinamiento el vasto y perverso artilugio de las «chekas». Las cárceles, por obra de Laurencic, se convierten en colmenas de tormento.

Es suya la frase que consta en el sumario y que el propio Laurencic repitió ante el Tribunal, de que «habría hecho cien "chekas" más».

Este engendro de hombre se supera en todo. Músico, propone la instalación de un metrónomo. Entendido en colores y efectos de luz, idea la distribución de figuras de ilusión óptica—efectos psicotécnicos—en las celdas. Dibujante, diseña los «armarios», especie de ataúd en el que el recluso, por las exiguas dimensiones de las celdas, se veía obligado a sostenerse sobre las puntas de los pies. Mecánico, acepta la sugerencia de Urdueña, jefe de las «chekas», de colocar en un orificio hecho en la pared, visible para el preso y manejable desde el exterior por el guardia de servicio, un reloj que marcara las horas como un reloj ordinario, pero con el truco invisible que consistía en acortar el muelle regulador del reloj, el cual adelantaba a razón de cuatro horas al día. Espía, se dedica a traicionar a la CNT y a la UGT, y en los sucesos de mayo al bloque gubernamental y a los sublevados del POUM. Conocedor de siete idiomas, que habla a la perfección, consigue fácilmente ser intérprete de la Consejería de Orden público. Estafador, distrae fondos de la Administración del SIM y facilita la salida de la España roja a personas pudientes, de orden, cobrando crecidas sumas, que le producen «pingües beneficios», según se reconoce en la sentencia. Aventurero internacional, se hace pasar por Oficial del Ejército yugoeslavo e ingresa, en 1921, en la Legión, como sargento. Finalmente, para no hacer más larga la relación de las múltiples actividades de este singular sujeto, no vacila en declarar, a preguntas del Fiscal que, al ingresar en la Legión, no perseguía otro fin que el de ganar la nacionalidad española, sin haber conseguido «este gran honor»; declaración que contrasta con la que hizo momentos después—y que el Tribunal cortó enérgicamente—en la que hacía menosprecio de los españoles.

Difícil resulta clasificar a este procesado. Sus desmedidas ambiciones, creadas como consecuencia de su fácil adaptación

al ambiente precursor de la revolución marxista; le llevan hasta el extremo de gozar de indudable predicamento entre los elementos rojo-separatistas.

Por Laurencic, por su crueldad, los reclusos de las «chekas» han sufrido horas lentas, interminables, agotadoras, en las «neveras», las «verbenas», las «campanillas», y otras celdas de castigo, cuya nomenclatura caprichosa e irónica aparece detallada en un escrito de puño y letra suyo, titulado «Preventorio Vallmajor», que figura en el sumario y que reproducimos fragmentariamente.

En los ficheros policíacos internacionales de la delincuencia no se hallará seguramente un personaje más odioso. Tipo de aventurero; cínico y pícaro, con sus ribetes de sentencioso, trata de probar su inocencia apelando a sofismas que no logran, por fortuna, hacer mella en el ánimo del Consejo de guerra ante el que comparece, sofismas que ni el propio Laurencic demuestra a través de su largo alegato. El Presidente del Tribunal le advierte que está divagando, que se ciña a exculparse de cuanto aparece en el sumario; y, sin embargo, una y otra vez Laurencic incurre en esas lagunas de expresión que son reflejo de un estado de abrumadora confusión ante los incontrovertibles cargos que contra él formula la Acusación fiscal.

En este trasunto de personaje, el Comité rojo fió sus planes carcelarios. A pesar de las manifestaciones de Laurencic, de que, de no haber construido él las «chekas», el Gobierno Negrín habría encomendado la construcción de las celdas de castigo a otra persona de más refinada crueldad, y, por consiguiente, dichos antros de tortura habrían adquirido mayor volumen de maldad, lo cierto es que al Comité rojo le habría resultado muy difícil encontrar localizadas en una sola persona las diversas actividades técnicas que reunía el perverso Laurencic.

¡Por los Caídos en las «chekas» de Barcelona! ¡Por las madres, esposas, hermanas y novias, sacrificadas al bárbaro y satánico odio marxista! ¡Por los fusilados en las carreteras catalanas, cuyos cadáveres, horriblemente desfigurados por la ferocidad de los tigres de Eroles y secuaces foragidos que integraban las fatídicas Patrullas de Control, aparecían cada madrugada, matizando de sangre inocente las cunetas y los márgenes de los caminos!... ¡Por aquellas víctimas inmoladas anónimamente, muchas de las cuales duermen para siempre, olvidadas en el fondo de insondables pozos! ¡Por cuantos sufrieron martirio, persecución y detenciones en las cárceles rojas de España! ¡PRESENTES!

¡Por todos ellos, camaradas de la Gran Cruzada Nacional!
¡ARRIBA ESPAÑA!

ANTES DEL CONSEJO

El público aguarda impaciente el comienzo de la vista.

El Consejo de Guerra contra Alfonso Laurencie, se celebró el día 12 de junio de 1939. Año de la Victoria.

La vista en Consejo Sumarísimo había despertado extraordinario interés.

Horas antes de comenzar el juicio, el público, formando ordenadamente turno, aguardaba en el vestíbulo y pasillos del Palacio de Justicia que se diera la voz de «¡Audiencia pública!»

Poco antes de las 5 de la tarde, resultaba materialmente imposible dar un paso por los diversos corredores que tienen acceso a la sala Primera de lo Criminal, en la que debía tener lugar la celebración del Consejo de guerra.

Fuerzas de la Guardia civil, convenientemente distribuidas, cuidaban del orden.

Se observa un movimiento extraordinario, entre el elemento militar. Por los pasillos se advierte inusitada actividad, precursora del momento en que ha de comenzar la vista.



SE CONSTITUYE EL TRIBUNAL

A las cinco y cuarto, aproximadamente, la Sala quedó enteramente ocupada por los miembros del Tribunal militar, jefes y oficiales francos de servicio, representaciones del Cuerpo Jurídico Militar, de la Prensa nacional y extranjera, el Cónsul de Yugoslavia y algunas personalidades más.

Todavía no ha sonado la voz de «¡Audencia pública!» y el Presidente del Tribunal se ve obligado a esperar unos momentos para imponer el silencio en el público que se apiñaba tras la puerta, a duras penas contenido por la Benemérita.

A las cinco y veinticinco minutos, el Presidente anuncia que ha quedado constituido el Consejo de guerra sumarísimo para ver y fallar la causa instruida contra Alfonso Laurencio, acusado del delito de rebelión militar. Y después de pronunciar la frase «Queda constituido el Consejo», se da la voz de «¡Audencia pública!»

El numeroso público irrumpe en la sala precipitadamente, lo que obliga al Presidente a aplazar por unos minutos el comienzo del juicio.

Hecho el silencio, toman asiento en sus respectivos sitios el Tribunal, el Fiscal, el Abogado defensor y los relatores.

Las personas que ocupan lugares en los estrados toman asiento también.

Actúan junto a los relatores varios taquígrafos.

El Tribunal lo integran: Presidente, Comandante de Seguridad y Asalto, don Adolfo Fernández Navas.

Vocales: Capitán de Infantería, don Nicanor Fernández Rodríguez; Capitán de Caballería, don Alfredo Ferriz Calpe; Capitán de Caballería, don Felipe Toral García.

Vocal Ponente: Capitán honorífico del Cuerpo Jurídico Militar, don Carlos Álvarez Martínez.

Fiscal: Capitán honorífico del Cuerpo Jurídico Militar don Emilio Rodríguez López.

Defensor: Alférez provisional honorífico del Cuerpo Jurídico don Alfonso Ibáñez Farrán.

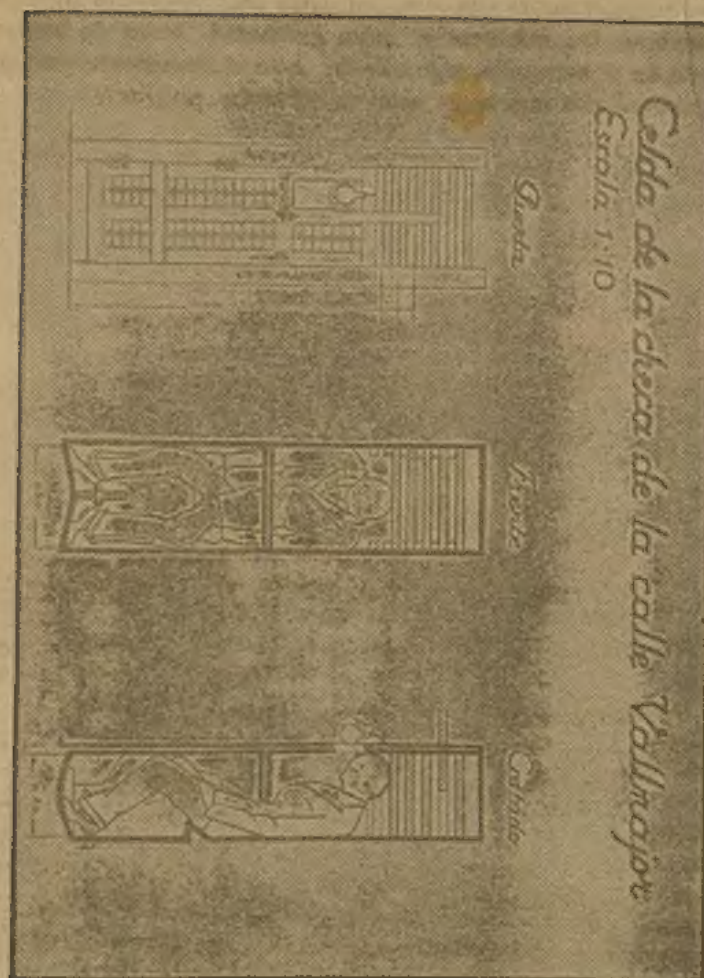
Secretario: Alférez del Cuerpo Jurídico Militar, don Bonifacio Lorenzo Somonte.

Comparece el procesado.

Custodiado por una pareja de la Guardia civil, hace su entrada en la sala, en medio de un gran silencio, el procesado Alfonso Laurencie. Este dirige una rápida mirada al Tribunal y al público, que curiosamente le observa con detenimiento.

Laurencie es alto, de fuerte complexión. Viste abrigo oscuro, pantalón de dril blanco y calza alpargatas. Ostenta abundante

barba rubia, y cubre sus ojos con gafas oscuras. Lleva puestas las esposas. Da muestras de gran serenidad. Antes de tomar asiento en el banquillo, a lo que le invita el Presidente, saluda al Tribunal con una inclinación de cabeza.



EL SUMARIO

Antecedentes de Laurencic. - Su detención por las tropas nacionales.

Con la venia de la Presidencia, el Secretario-relator da lectura al apuntamiento. En el auto-resumen, que figura al folio 114, se dice lo siguiente: Se incoa procedimiento sumarísimo contra Alfonso Laurencic, de 37 años, casado, nacido en Francia, de padres austriacos y actualmente súbdito yugoeslavo. Este individuo, que había estado en España con anterioridad al año 1923, después de diversas andanzas por distintos países, regresó, en el año 1933, a la plaza de Barcelona, trabajando en diversos oficios y en los más variados lugares. En septiembre de 1933 se afilió a la CNT, y en abril de 1936 lo hizo a la UGT, según declara a los folios 8 y 9. El 7 de febrero de 1939 fué capturado en el Collell por las tropas nacionales, siendo puesto a disposición de un oficial de la Legión Cóndor, por haber alegado poseer la nacionalidad austriaca.

Tiene a su cargo haber sido el autor de los planos y el haber dirigido la construcción de las «chekas» de las calles de Vallmajor y Zaragoza, por lo que dicho oficial le retuvo a su disposición por el interés informativo que pudieran ofrecer dichos datos.

Laurenci dedica sus conocimientos «técnicos» a la construcción de las celdas de castigo. ~ Refinamiento de crueldad.

Las declaraciones prestadas ante aquel Servicio son extensas, están escritas por el propio interesado, e indudablemente adquieren un alto valor por los antecedentes que aportan. Al adquirir estado judicial el asunto, se recabaron del indicado servicio los originales de las mismas, que fueron unidos al presente procedimiento, acompañados de copia, para facilitar la lectura.

En ellas manifiesta que en el mes de abril de 1938, y estando detenido por el SIM rojo en la prisión de las Misiones, fueron utilizados sus conocimientos técnicos en el ramo de la construcción, confeccionando los planos y dirigiendo los proyectos de las celdas de castigo y tortura, en las que eran introducidas las personas detenidas por aquel siniestro organismo, contribuyendo con sus ideas y proyectos a que aquellas cumplieran determinadas condiciones que influieran de tal manera en el estado moral y físico de los torturados que pudieran obtenerse declaraciones que de otro modo no se hubieran conseguido.

El refinamiento de crueldad que se pone de manifiesto en los proyectos revelan una perversidad sólo concebible en una persona degenerada: se tuvo especial cuidado en que los tormentos no fueran exageradamente fuertes, que acabase con la vida de los detenidos, en cuyo caso no se lograría el resultado apetecido, que era el de arrancar declaraciones. Y por eso, y al margen de las penabidades a que estaban sometidos, y que exceden a la capacidad de sufrimiento humano, en las celdas se trata de buscar determinados efectos psicotécnicos que influyeran sobre el espíritu de las personas que tuvieran la desgracia de ser encerradas en ellas.

No se efectúa en este lugar la descripción de estos suplicios, por haberse unido en pieza separada al presente procedimiento, ni la de las celdas «armarios» y de «las campanillas» y de «los dibujos alucinantes», en las que era imposible todo descanso; «la esférica» y la conocida con el nombre de la «nevera», planeadas y construidas por el encartado en las chekas de Vallmajor y Zaragoza; descripciones a las que se acompañan amplias explicaciones del encartado. Dichos gráficos, en forma mas elocuente que las mas detalladas informaciones, revelan lo inhumano de las construcciones, a las que hace referencia Laurenci en varias declaraciones.

Termina la lectura del Sumario

En los folios 92 al 95 figuran declaraciones de diversos testigos, que sufrieron prisión en las chekas; declaraciones que fueron ratificadas ante el Juzgado, en los folios 108 a 113. Ofrecen especial interés las de José Garela Juárez y Manuel Godoy Prats, los cuales relatan malos tratos dados por el en-

cartado a los detenidos. En parecidos términos deponen los testigos Víctor Esteban y Julio Degollada.

En este folio se afirma que Alfonso Laurencie había sido comandante de milicias del POUM, cargo que es desmentido por el encartado.

Sobre trato a los detenidos y abusos que se cometían son interesantes las manifestaciones que obran en los folios 111 y 112 del sumario, ofreciendo especial relieve aquella en que se afirma que las «chekas» eran organismos oficiales del «Gobierno» rojo, que, no solamente tenía conocimiento de su existencia, sino que administraba los procedimientos que en las mismas se empleaban.

Unidas con cuerda floja al procedimiento, aparecen 217 cuartillas escritas por el encartado, en las que se detalla su actuación desde el 18 de julio de 1936 hasta el mes de febrero de 1939, fecha en la que fué detenido, y en ellas alega lo que estima oportuno en su descargo.

Terminada la lectura del sumario dice:

Interrogatorio del procesado.

El Fiscal.—Intereso el interrogatorio del procesado, lectura de los folios que se indicarán y la práctica de la prueba testifical que se señalará.

Y, con la venia de la Presidencia, comienza el representante del Ministerio público, el interrogatorio del encartado.

**Expulsado de Francia. -
En la Legión. - Músico de
varietés. - Dos veces sindi-
cado.**

Fiscal.—El 19 de julio de 1936 ¿estaba usted en Barcelona?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Se dedicaba a su oficio de músico de varietés?

Procesado.—Eso mismo.

Fiscal.—¿Estaba sindicado?

Procesado.—Sí; dos veces.

Fiscal.—¿A qué Sindicales?

Procesado.—A la UGT y a la CNT.

Fiscal.—¿En qué época vino a España...? Porque usted es yugoeslavo.

Procesado.—La última vez vine en 1933.

Fiscal.—La primera vez que vino ¿en qué año fué?

**Intentó nacionalizarse
español.**

Procesado.—A resultas de la Gran Guerra, nosotros fuimos expulsados de Francia, por ser de nacionalidad austrohúngara. Nos refugiáramos en España. Aquí fui al Colegio; aquí me hice bautizar, y aquí di mis primeros pasos, como suele decirse. En 1921, para poder ganar la nacionalidad española, me fui a la Legión Extranjera, porque había oído decir que así se podía adquirir la nacionalidad. No pude conseguir este para mi gran honor.

Fiscal.—El año 1921 ¿prestaba usted servicio en la Legión Extranjera?

Procesado.—Sí.

Fiscal.—El año 1923 ¿se marchó usted al extranjero?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Volvió usted en 1933 a España?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Dió usted conciertos de música por el extranjero?

Procesado.—No he hecho mas que eso.

Fiscal.—¿Tenia usted título de arquitecto, o sólo los conocimientos prácticos de arquitectura?

Procesado.—Puedo decir que durante el tiempo de mi actuación como director de orquesta no hice otra cosa que aprender, y estoy graduado en una Universidad, escuela técnica de Construcciones, de Austria.

Voluntario en la "policia" roja.

Fiscal.—¿Es verdad que, al iniciarse el Movimiento Nacional el 19 de julio, usted prestaba servicio voluntario en la Jefatura de Orden público?

Procesado.—Sí, señor. Me presente inmediatamente, el día 20. Cuando vi que la anarquía estaba en la calle—el comunismo no existia entonces—, yo, que soy un ferviente defensor del orden, me fui a aquellas Oficinas, precisamente porque se llamaban de Orden publico. (Rumores.)

Fiscal.—¿Le requirió alguien para ello?

Procesado.—No; fui espontáneamente.

Fiscal.—¿Le dieron a usted la graduación de sargento?

Procesado.—Yo dije que habia estado en la Legión; presente un certificado en el que se me hacia pasar por sargento

de la Legión, y como en aquellos dias no se podia confirmar este extremo, me dejé dar ese título, que me otorgaba cierta importancia y era una justificación para no actuar, desde el primer momento, como un simple ordenanza.

Fiscal.—¿Qué graduación le dieron en la Jefatura de Orden público? ¿Qué cargo concreto desempeñaba?...

Procesado.—Al segundo día vieron mi capacidad, y al tercero me hicieron ordenanza. Pero, al saber que yo hablo siete idiomas, me nombraron Intérprete oficial de la Comisaria de Orden público.

Fiscal.—¿Prestó usted servicio como intérprete?

Procesado.—Eso mismo.

Fiscal.—¿Acompañaba usted a elementos extranjeros?

Procesado.—Se me nombró «escolla» de extranjeros, y con este título iba yo de un Consulado a otro, a acompañar a los extranjeros, y en la Comisaria facilitarles salvoconductos y controlar documentos...

Fiscal.—Concretamente, ¿usted fué intérprete?

Procesado.—Sí, señor.

Agente secreto de contraespionaje al servicio de los marxistas.

Fiscal.—¿Fué usted Agente secreto de contraespionaje?

Procesado.—Sí, señor. Más tarde.

Fiscal.—¿Cómo le dieron ese cargo? ¿Por el Estado Mayor rojo?

Procesado.—Después de haber simulado el prestar servicios y el ser leal defensor de ellos; se aprovechó mi talento—precisamente

samente por el conocimiento de idiomas—para prestar servicios, ya en los Consulados o entre los extranjeros. Por eso se me dió el encargo de ser agente de Contraespionaje, número 29.

Fiscal.—Pero ¿el nombramiento de quién partió?

Procesado.—Del entonces jefe del Estado Mayor de la Comandancia en Jefe de la Defensa.

Fiscal.—¿Le dieron la graduación de alférez?

Procesado.—No...

[(El procesado vacila un instante, y, al fin, calla.)]

Fiscal.—Pero usted llegó a tener la categoría de alférez.

Procesado.—No; llegué hasta Teniente.

Fiscal.—¿En qué época era usted teniente?

Un pucril subterfugio desvirtuado.

Procesado.—A fines de abril de 1937.

Fiscal.—¿En el mes de mayo de 1938, estaba usted en Barcelona?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Estaba usted en libertad?

Procesado.—Sí, señor, trabajando.

Fiscal.—¿Trabajando...?

Procesado.—(Riéndose.) En contraespionaje... al par...

Fiscal.—¿Espionaje a favor de la Causa Nacional?

Procesado.—Según yo, sí.

Fiscal.—Diga usted los nombres de los jefes españoles de la Zona Nacional con quienes usted se relacionaba.

Procesado.—He de advertir que el espionaje lo hice, primero, por cuenta propia. Por ello no pude mantener relación absolutamente con nadie, porque estaba vigilado por todo el mundo, y todo el mundo sabía que yo estaba al servicio de los rojos. Es por esto por lo que no pude tener relación absolutamente con nadie.

Fiscal.—De suerte que usted no tuvo relación con ningún jefe del Ejército nacional.

Procesado.—No pude tenerla.

Fiscal.—¿Y con algún grupo de Falange?

Procesado.—Sí; tenía una amistad. Había estado tres veces en la cárcel, y era mi confidente.

Fiscal.—¿Cómo se llamaba el falangista?

Procesado.—Santiago Rives Queralt.

Fiscal.—¿Pero no mantenía usted contacto con algún grupo de Falange, de Barcelona? Porque usted sabe que actuaba la Quinta columna...

Procesado.—Debo advertir que no tengo idea de lo que es la Falange; no lo he sabido nunca.

Fiscal.—¿Usted asistía a reuniones de muchachos de derechas?

Procesado.—No; sólo asistía a reuniones de mi Sindicato musical; únicamente me ocupaba de mi trabajo.

Fiscal.—¿En mayo de 1938 estaba usted en libertad?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—Fijese usted en la pregunta. ¿Estaba usted en libertad en mayo de 1938...?

Procesado (después de vacilar un instante).—¿En Mayo...? Seguía estando detenido.

Fiscal.—¿Cuándo comenzó a estar detenido?

Procesado.—En Segorbe, cuando me condenaron a muerte.

La turbia intervención en los sucesos de Mayo del 37.

Fiscal.—¿Usted intervino en los sucesos de mayo de 1937?

Procesado.—No, señor; es decir, sí señor.

Fiscal.—¿Intervino usted o no...?

El Sr. Presidente.—¿Usted intervino en los sucesos de mayo de 1937? Concreto: sí o no.

Procesado.—Yo intervine con una intención, con mi propia intención.

Fiscal.—¿A favor de quién?

Procesado.—A mí me interesaba sabotear la causa roja, y me he dedicado a sembrar el desconcierto. Pasé tres días haciendo kilómetros de unas barricadas a otras. Pude permitirme este lujo porque llevaba pasaporte extranjero. Lo único que me pedían era el carnet, y entonces me dejaban pasar. ¡Aun me parece imposible cómo yo iba de una barricada a otra! Animaba a los individuos de un bando contra los del otro, y hablaba mal de cada grupo y de cada individuo.

Fiscal.—¿Le detuvieron a usted por esa intervención suya?

Procesado.—No, señor! A mí me detuvieron en julio de 1937 por otras causas.

Detenido y luego en prisión atenuada.

Fiscal.—¿En mayo de 1938 estaba usted detenido?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Pero le concedieron la situación de prisión atenuada en la primavera de 1938?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—Y, concretamente, ¿qué situación era ésa? ¿Cuándo salía usted? ¿A qué horas entraba y salía? ¿Quién le conducía?

Procesado.—A primera hora de la mañana salía un camión de la factoría, donde había 30 ó 40 individuos; que más tarde llegaron a reunirse unos 150. A estos individuos les acompañaba yo, vigilado por guardias. Y siempre que me trasladaba de un lado a otro, iba vigilado por guardias. Después de haber decorado las habitaciones de los jefes, antes de construir las famosas «checas» que se me imputan, fué cuando se me puso en libertad. Y yo lo atribuyo a agradecimiento de ellos, o a simpatía, pues yo siempre tuve el proyecto de captarme la confianza de esos jefes.

Fiscal.—Usted estaba, pues, en libertad vigilada.

Procesado.—Sí, señor.

Comienza a construir las celdas de castigo.

Fiscal.—¿Comenzó usted entonces a construir las celdas de tortura?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Ofreció usted sus servicios como técnico y entendido en el oficio de arquitecto?

Procesado.—Tengo que advertir que vine como arquitecto en el mes de abril; aquí se me empleó para construir una factoría que querían convertir en preventivo.

Fiscal.—¿Quien le requirió para hacer las celdas de tortura?

Procesado.—Los individuos que en mis declaraciones he citado, y que pertenecían al SIM, y Santiago Garcés, jefe del SIM.

Fiscal.—De modo que Santiago Garcés le requirió a usted para hacer esos suplicios.

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Usted se daba cuenta de la trascendencia que tenía ese servicio?

Procesado.—¡Ya lo creo!

“Accedí a construirlas... y hubiera hecho cien más”.

Fiscal.—¿Se daba usted cuenta de lo que significaba construir esas celdas de tortura, y a pesar de eso usted accedió a construirlas?

Procesado.—Sí, señor. Y hubiera hecho cien más.

(La contestación del procesado produce enorme sensación entre el público, y la Presidencia agita la campanilla reclamando orden.)

Los planos de las celdas y las anotaciones de Laurencic.

Fiscal.—¿Usted reconoce como auténticas, y escritas de su puño y letra, unas leyendas explicativas que figuran en un plano en las que se muestran los tormentos de la celda de colores alucinantes?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Usted reconoce como auténticos esos gráficos?

Procesado.—(Examina los gráficos que le muestra el Relator): Sí, sí; son míos.

Fiscal.—Y las notas que se titulan «Efectos Psicotécnicos de los diferentes tormentos» ¿están hechas y redactadas por usted?

(El procesado vacila.)

Fiscal.—Conteste; sí o no.

Procesado. La palabra «redactadas» plantea una duda, que debo aclarar. Tengo que decir que estos planos que están en el sumario dilajados por mí, sí han sido hechos por mí, pero me había sido indicada antes la forma en que los tenía que hacer.

Pasan las sombras de otros personajes siniestros.

Fiscal.—¿Consultó usted los planos de las celdas de tortura con algún personaje rojo?

Procesado. Ha sido, precisamente, un personaje rojo quien me lo indicó.

Fiscal.—¿Quién...?

Procesado.—Garrigós.

Fiscal.—¿Que cargo tenía Garrigós?

Procesado.—Cuando yo le conocía, entraba y salía de la Jefatura del SIM cuando le daba la gana. Decían que era del Banco de España; se le conocía por Garrigós o «el del Banco de España».

Fiscal.—¿Pertenece a la Sucursal del Banco de España de Barcelona?

Procesado.—No, no. A la oficina de Madrid. Vino a Barce-

lona a comprar libros de Psicotecnia y de análisis, y fué él quien me encargó esos trabajos.

Fiscal.—¿Y quién más colaboraba con ustedes?

Procesado.—Un tal Urueña, a quien conocí como Jefe ejecutivo.

Fiscal.—¿No puede usted dar el nombre y los dos apellidos?

Procesado.—Los desconozco.

Fiscal.—Señor Presidente: Solicito a la Sala que consten en acta estas manifestaciones del procesado.

El Sr. Presidente.—El Secretario sacará testimonio de ellas.

Fiscal.—¿En mayo de 1938 comenzó usted a construir las celdas de tortura?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Dirigía usted personalmente la construcción material?

Procesado.—Entonces recorría yo 120 kilómetros al día, acompañado de guardias, pues tenía seis o siete obras. Yo hacía obras para ganar méritos y poder cheufarme dentro del SIM. Yo hice estos méritos y trabajé como nadie podía haber trabajado...

Fiscal.—En el mes de julio de 1938 ¿estaban terminadas las celdas de tortura de la cheka de Vallmajor?

Procesado.—No, señor, porque cuando fui de nuevo detenido y se me trasladó a la calle de Zaragoza llevaba estas obras un individuo maestro de obras, que trabajaba en el SIM desde 1937.

Fiscal.—¿Entonces fué cuando continuó usted haciendo las celdas de tortura de la cheka de la calle de Zaragoza?

Procesado.—Se me ordenó que hiciera obras en la calle de Zaragoza.

Fiscal.—En el interin ¿estaba usted en completa libertad?

Procesado.—Dijo que yo no he terminado las de la calle de Zaragoza. Yo le he visto ahora, cuando se me permitió

ir allí a recoger los planos. Ni sé cómo son. Yo sólo estuve allí algunas semanas para construirlas.

Fiscal.—La pregunta concreta es así: ¿una vez terminada la construcción de las celdas de Vallmajor, usted fué puesto en libertad definitivamente?

Procesado.—No; estuve únicamente en libertad tres semanas. En seguida me volvieron a detener.

Fiscal.—¿En qué época estuvo usted en libertad las tres semanas?

Procesado.—Desde principios de junio al 22 del mismo mes.

Fiscal.—¿Y después usted comenzó a realizar las obras de las celdas de tortura...?

Procesado.—Sí, señor.

Fiscal.—Señor Presidente, que conste en acta esta pregunta y la contestación.

El Sr. Presidente.—Los Taquígrafos están actuando, y, desde luego, se accede al deseo del Fiscal.

Fiscal.—Dedíame lo que en el verano de 1938 usted intervino en la construcción de celdas de tortura?

Procesado.—Sí.

Fiscal.—Dígame que con fin en acta literalmente estas palabras. Y nada más, señor Presidente.

INTERROGATORIO DE LA DEFENSA.

El Sr. Presidente.—La defensa...

Defensor.—Con la venia, señor. (Ahora dirigiéndose al procesado:)

De sus facultades de arquitecto y de decorador, ¿cómo se interaron los agentes del SIM?

Procesado.—Yo me encontraba detenido en Segorbe; pesaban sobre mí doce penas de muerte. Oí que se me iba a ejecutar. Yo quise hacer todo lo posible para escapar a ese Destino, y cuando supe que se podían voluntarios para trabajar para el Ministerio de la Gobernación, en Barcelona, aproveché esta ocasión; pero, por ser extranjero y por estar pendiente de ejecución, no se me autorizó a marchar con el grupo. Entonces, utilizando nombre supuesto y mi segundo apellido, logré llegar a Barcelona. Aquí me encargaron de trabajos que no tenían gran importancia, entre ellos la restauración de una factoría. A mí me interesaba hacer el mayor número de cosas posible para salir de los apuros a que me llevaba tal situación.

Defensor.—De manera que usted vino de Argentina; pero no sabía que era para construir esas celdas. Como podía haber venido de más allá, si hubieran sido necesarios de esos de orquesta.

Procesado. Yo pedí, durante el proceso, ser asesinado, y que me enterraran, pero lo que me costó perder la vida.

Defensor.—Cuando se le propusieron a usted esos trabajos presentados a la Comandancia del ferrocarril, ¿se los dio a ellos?

Procesado. Sí, pero que en mi caso la respuesta es: No. A esta pregunta tengo que contestar con una de mis personalidades. Tengo que decir, primero, que, como simple detenido del SIM, cuando me hice pasar por arquitecto, yo podía, en efecto, estar coaccionado. Yo estuve trabajando en la carretera de Teruel, quitando piedra. Nadie sabe lo que yo sufrí.

En tal situación, me vi obligado a hacer muchas cosas; pero como, desafortunadamente, cada cosa se iba haciendo. El amor que se me pedía la compra de una de las cosas, surgió

Por qué hice las chekas de Barcelona

en mí la segunda personalidad, que desconocen ustedes absolutamente, y es la de espía.

Defensor.—Mi pregunta es esta: ¿Sintió usted coacción material, o miedo a su salud o a un gran daño, o terror irresistible de los agentes del SIM, si usted se negaba a esos trabajos? ¿Sintió usted esa fuerza irresistible, sí o no?

Procesado.—Fui obligado.

Defensor.— ¿Por qué el convencimiento pleno de que se cumpliría la sentencia de muerte dictada contra usted?

Procesado.—¡Quién lo duda!

sentencia?

Procesado.—¡Claro!

en cambio, de asiento?

El mundo es un teatro, y el hombre es un actor. Los mundos, que quieren
darnos a conocer, son como el teatro, y el hombre es como el actor, es-
te es el mundo, y el hombre es el actor, y el mundo es el teatro, y el
hombre es el actor, y el mundo es el teatro, y el hombre es el actor.

Por lo tanto, el 1.º de mayo, el embaajador, al dar la bienvenida a la delegación, le dijo en una celda de castigo, y que no se veían cuando la persona que había sido encerrada se sentaba.

Procesado.—En efecto, esa era mi intención.

Defensor.—¿Usted lo hizo con la intención de que no se vieran?

Procesado.—Claro; por eso puse el dibujo a la espalda y no enfrente.

Defensor.—; Recuerda usted que en otra celda de castigo -- en la de «armarios» -- tenía usted que instalar una conducción para que cayera constantemente una gota de agua...?

Procesado. --Me he negado hasta el último momento. Y no porque no supiera... Yo me negué a poner esa gota de agua. Y algo análogo ocurrió con la instalación de un metrónomo que andaba un cuarto de hora.

Defensor. --; Esos aparatos tienen una duración determinada?

Procesado.—Solo funcionan un cuarto de hora; ninguno puede funcionar más tiempo.

Defensor.—; Recuerda usted si esos tormentos de la cheka de Vallmajor eran originales, o si se hacían copiándolos de otras chekas, de las de Valencia, por ejemplo?

Procesado.—Es necesaria una explicación. En el caso de la celda de colores, como le llamábamos nosotros, yo me encargué de esos trabajos por orden de Garrigós, y tengo el pleno convencimiento de que este individuo conocía estas celdas de otros sitios. Yo no defiendo a Garrigós, pero estoy seguro de que él no hablaba de memoria. El me dio a mí las notas que debía de tomar. Nunca se ha dirigido a mí para consultarme; nunca me ha preguntado nada; siempre lo daba todo hecho. La cheka tenía varias celdas, construidas en grapos. En cierta ocasión fue allí una comisión, en la que reconocí a algunos del grupo de «Interrogadores» extranjeros. Al visitar una celda, me hicieron la observación de que los ladrillos no estaban lo suficientemente unidos para poder hacer daño a quien pretendiera moverse en la celda. Yo, que me había construido celdas, oí que un individuo decía: «En La Blanca están mucho más juntos».

Defensor.—; El procesado cree que La Blanca era alguna heka?

Procesado.—No puedo decirlo. No entiendo de chekas. Yo o conozco ninguna prisión que se llame «La Blanca». Es posible que en Valencia...

Defensor. --; No intentó el procesado que culminara su labor de espionaje con la voladura en pleno de todos los agentes del SIM, cuando se reunieran en determinada ocasión?

Procesado.—Esa ha sido mi intención. Y es el motivo de por qué he aceptado a hacer aquellas cosas. Yo tenía un plan.

Defensor. --Concretamente; ¿efectuó alguna obra, en alguna cheka o Comisaria, de esta ciudad, para volarla cuando se reuniera el SIM?

Procesado. --Yo os digo que en la misma Jefatura del SIM existe una mina, que he colocado yo. Había de ser volada con 120 kilos de dinamita. Esta era la Laureada que me quería ganar yo. Por eso no me importaban las celdas de tortura.

Defensor. --Dentro de la inhumanidad que reinaba en aquellos lugares, ¿intentó usted humanizar algo las instalaciones --con servicios higiénicos, por ejemplo-- que le valieron reprimendas?

Procesado.—Cuando se haga un detenido examen, se verá que la prisión de la calle de Zaragoza era una de las mejores, porque disponía de algunos servicios higiénicos, gracias a mí.

Defensor. --; Eran exhibidas como modelo de prisión cuando venían comisiones de periodistas extranjeros?

Procesado. --No; las celdas de tortura no se han mostrado nunca. Eran las instalaciones de la casa las que se hacían pasar como modelo de humanidad.

Defensor.—Nada más, señor Presidente.

INTERROGATORIO DEL PONENTE

**Laurencie, unido a la chusma
el 19 de Julio, actuó directa
y activamente desde los
primeros momentos.**

Ponente.—¿Fue usted, al menos, el representante revolu-
cionario en la redacción de la prensa al día siguiente de la visita a los
cuarteles y sitios donde se hacían las matanzas, ¿verdad? ¿Eran
doce de periodista y de practicante?

Procesado.—No, señor.

Ponente.—¿Fue usted, en la noche del 19 de Julio, en los
cuarteles?

Procesado.—Yo fui a los cuarteles, pero no vi asesinatos.

Ponente.—¿Estaba usted cuando se cometían desmanes?

Procesado.—Sí, señor; pero asesinatos, no.

Ponente.—¿Estuvo usted en los sitios donde se luchaba?

Procesado.—Sí, señor.

Ponente.—¿Fue usted en Capitanía, cuando se dio el aviso al
General Goded?

Procesado.—Sí, señor.

Ponente.—¿Fue usted en la J. de P. de Policía?

Procesado.—Sí, señor.

El equívoco subterfugio.

Ponente.—¿Mantuvo usted relaciones con falange respecto
al espionaje?

Procesado.—No pude conseguirlo.

Ponente.—¿Usted tuvo relación con un falangista apellidado
Queralt?

Procesado.—Sí, señor.

Ponente.—¿Le dijo usted que se dedicaba a espionaje?

Procesado.—El que hace espionaje no lo dice.

Ponente.—Aquí había organizaciones de contraespionaje.
¿Usted les facilitó algún dato?

Procesado.—No he podido tener conocimiento de eso.

Doce penas de muerte... difíciles de "justificar".

Ponente.—Usted dijo en sus declaraciones que le habían
impuesto doce penas de muerte. ¿Es que le juzgaban en tri-
bunal?

Procesado.—Las chekas ordenaban por cuenta propia.

Ponente.—¿Fue la cheka imponiendo... hasta doce penas
de muerte a una persona?

(El procesado vacila, y no contesta.)

Ponente.—La condena a doce penas de muerte ¿ha sido en
Barcelona? ¿Fue usted el que la impuso? ¿Y por
qué dice que le impusieron doce penas de muerte?

Procesado.—Eso lo he sabido después.

Ponente.—¿Por quién lo ha sabido usted?

Procesado.—Por los agentes, que me lo dijeron.

Ponente.—¿Fue usted el que les dio el dato?

Procesado.—Sí, señor.

Ponente.—¿Comparó usted más de una vez a las Au-
toridades rojas?

Procesado.—Sufri sesenta y dos interrogatorios.

Otras "habilidades" del procesado.

Ponente.—¿Y les engañó todas las veces?

Procesado. Lo hice bastante bien, porque sé de aquellos apuros desmintiendo más de la mitad de los cargos.

LA PRUEBA TESTIFICAL

Hablan algunos Caballeros de España que sufrieron tormento en las Chekas.

Compuéscame, en primer lugar, D. Manuel Goday Pons, Secretario del Colegio de Abogados de Barcelona, que sufrió persecuciones y estuvo detenido en las chekas.

Contestando a preguntas del Fiscal, dice que el primer día de su detención, no han llegado a la cheka, le fue propinada una terrible paliza.

«Fui introducido en una habitación, y, sin mediar palabra, me golpearon con perros. Cuando estaba ya casi sin sentido, me apoyaron contra la pared, y, con unas grandes tijeras de oficina, me clavaron en la nuca y me rozaron el pecho con gasolina. Después me arrancaron la corbata, y me prendieron fuego. Las quemaduras fueron apallándose por sí mismas. Fui otra vez apallado, y extendido en un sofá. Entonces me resistí brutalemente porque quise hacerme una prueba más horrible

que las anteriores. Me dejaron. Al poco rato me obligaron a salir a la calle, y, una vez en ella, me metieron en un coche, simulando «darme el paseo». Pronto volvimos a la cheka. Un individuo, llamado «el Coronel», me requirió para que hablase; me dijo que tenían tormentos nuevos, y, al ver que no hablaba, fui introducido en una especie de gruta que hay en el jardín. En esta gruta hay tres armarios de portland, muy bajos de techo, y, como la pared está inclinada, en forma de ángulo, no puede uno ni tumbarse ni estar sentado. Al cerrarse la puerta, un palo que sale de ella se mete entre las piernas, y muy cerca de la nariz queda un potente foco, y suena constantemente un timbre atroz. La sensación de asfixia es horrible, porque, a pesar de cerrar los ojos, la luz es tan fuerte que no se consigue nada con ello. Este suplicio empezó a las diez y media de la noche, y duró hasta las tres de la madrugada. De allí me sacaron para declarar.

Fiscal.—El suplicio a que usted se refería antes ¿era con unas cuerdas de guitarra?

Testigo.—Sí, señor.

Fiscal.—¿El dolor que usted sufría era que odiase usted noticias de la Quinta columna de Barcelona?

Testigo.—Sí, señor. Me acordaba de donde se hallaba el Comandante de Policía Militar don A. Amat, y en donde estaba don José Gallard, y que me acordaba de donde estaba en Francia, donde, al fin, lo descubrieron. Para ello movilizaban, según me han dicho, doscientos soldados, y lo mismo me acordaba. Un agente del SIM se acordaba de la hora en que pasaba de donde estaba escapado, y me acordaba de la hora en que me había ido, y lo descubrí en seguida.

Fiscal.—¿Tuvieron detenido a don José Gallard?

Testigo.—Sí, señor. En Valmayor. Gallard era muy amigo mío. Lo vi al cabo de seis o siete meses; tenía en el cuerpo, por

Defensor.—El Colegio de Abogados, por considerar las chekas como instituciones de bandidaje, se dirigió a los Poderes públicos. Según ha declarado el testigo, las chekas estaban legalizadas por los llamados Poderes de aquel Estado. Para ir contra esta legalización no se efectuó por el Colegio de Abogados—toda vez que estaban rotas las relaciones diplomáticas entre el bandidaje rojo e Italia y Alemania—, no se efectuó, digo, una gestión cerca de los Consulados francés e inglés...?

Testigo.—Lo ignoro; porque yo ya estaba entonces detenido.

Defensor.—¿De modo que usted no sabe si la gestión dió algún resultado, o si se guardó un «silencio democrático» respecto a esta cuestión?

Testigo.—Nada puedo precisar, porque ya estaba yo detenido.

Defensor.—Nada más, señor Presidente.

A continuación comparece el testigo D. Juan Juncosa Orga, quien, a preguntas del Fiscal, dice que estuvo detenido en la cheka de Vallnajor desde el 31 de mayo de 1938 hasta la Liberación.

Fiscal.—Quiero usted decirnos qué tormentos le aplicaron?

Testigo.—El tormento más frecuente era pegarnos con unas porres de alambre, revestidas de goma. Otro suplicio era colocar en la cabeza del detenido una gran botella de cerámica; truchan de ésta, y la cerámica, al chocar contra el suelo, también aplicaba la misma cantidad de golpes. También se nos sacaban los brazos fuera del cuerpo, y los brazos, por el dolor, se nos caían abajo al individuo, sujeto por una cuerda, y se nos arrojaba, hasta que decíamos lo que los torturadores querían. También nos metían en unas celdas con una luz muy potente y las celdas se calentaban de agua muy fría, e inmediatamente se echaba el agua y producía con un ventilador.

Fiscal.—Usted, como médico, ¿pudo observar los efectos de esos suplicios?

Testigo.—Sí; pude observar lo ocurrido con un individuo, que se quedó en estado comatoso. Al día siguiente se suicidó en uno de los lavabos. Cortó la correa del cinturón, y se ahorcó en uno de los grifos, que están muy bajos; llegaba perfectamente al suelo, pero no se apoyó con las manos, y se dejó caer de golpe para ahorcarse.

Fiscal.—¿Torturaban también a las mujeres en esas celdas?

Testigo.—No lo sé, porque eran celdas, como cajones, y estaban incomunicadas unas de otras. Por noticias sé que, por lo menos, a las mujeres les pegaban.

Fiscal.—¿Qué régimen alimenticio tenían ustedes?

Testigo.—Un plato con agua sucia, a la que llamaban caldo, con unos garbanzos que se podían contar: doce, veinte, veinticinco...

Fiscal.—¿A qué hora les daban la comida?

Testigo.—¡La hora era muy desigual!... ¡Por la mañana, nada, de una a cuatro de la tarde, la comida. Y la cena, a las seis, o las ocho, o las nueve. Esto fue los cinco primeros meses; después mejoró algo el régimen.

Fiscal.—Se ofreció el día de que funcionaban en las Chekas unas Asesorías Jurídicas?

Testigo.—Sí; se presentó un día, fuimos en de estas Asesorías, era por el poder, se iba un individuo en el momento que lo estabas captando. El individuo iba por donde se necesitaban, y el individuo lo presentaban al día, y la cosa quedaba legalizada.

Fiscal.—Esas Asesorías, indicaban determinados sumarios, que después pasaban a los Tribunales?

Testigo.—La impresión que se tenía era que muy pocas veces los fallos salían de las mismas Chekas.

Fiscal.—De hecho; pero en las formalidades de Derecho intervienen los Tribunales de Justicia, ¿no?

Testigo.—Y, además, yo creo que, no sólo tenían conocimiento de las Chekas, sino que estaban enterados de la existencia de las Chekas indicadas, pues él mismo me dijo, sus señorías.

Fiscal.—¿Se enteró usted que hubo una reunión del Consejo de ministros para tratar de los nombramientos de las Chekas?

Testigo.—Desde luego, me enteré. Sólo sé que continuaban las Chekas; por lo tanto, se continuaron; tal vez mejoraron un poco.

La Defensa renuncia a interrogar al testigo.

Comparece luego el testigo don Julio Degollada Castany.

Fiscal.—¿Estuvo usted detenido en la celda de Vallmajor?

Testigo.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Recuerda haber visto al procesado?

Testigo.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Durante la construcción de las chekas?

Testigo.—Así parece.

Fiscal.—¿Ha perfectamente traído?

Testigo.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Usted recuerda si los directores del SIM le saludaban cortésmente?

Testigo.—Sí, señor; le tendían la mano y le acomodaban.

Fiscal.—¿Le daba a usted la sensación de que estaba como detenido?

Testigo.—En mi primera detención, sí; él era un detenido como nosotros; pero después me daba la sensación de que estaba libre.

Defensor.—¿Usted sabe si ese concepto de libertad se extendía también a la calle?

Testigo.—Únicamente puedo afirmar que él entraba y salía, y dirigía las obras.

Ponente.—Usted, dada su condición de detenido del SIM, ¿podía apreciar, de manera clara y terminante, si el procesado, como auxiliar del SIM, podía salir a la calle?

Testigo.—Daba a entender que sí, que podía salir.

Ponente.—Pero usted no lo puede apreciar, dado que estaba usted detenido.

Testigo.—Exactamente.

También comparece don Guillermo Bosque Lapena.

Fiscal.—¿Usted sufrió prisión en las Chekas?

Testigo.—Sí, señor.

Fiscal.—¿En qué Chekas?

Testigo.—Primero, en la Tamarita; también estuve en Vallmajor.

Fiscal.—¿Qué torturas sufrió?

Testigo.—Muchas, de todas. Por ejemplo, por las duchas, que me daban de cinco a diez veces al día. Nos daban media hora de ducha de frío, y luego nos tiraban al sol, a una temperatura de treinta y cinco grados. Los palizas empezaban a las diez de la noche, en que ellos solían venir un poco alegres, y la pagábamos todos. Cada dos horas, hasta las cinco

de la mañana, nos llamaban a declarar. Así estuve durante quince días. Después sali para el «Villa de Madrid», de donde me sacaron varias veces, dos de ellas con los ojos vendados. En Vallmajor estuve desde mayo hasta enero de este año. Allí me pusieron en la silla eléctrica diez o doce veces. Después «escribí a máquina», como decían ellos. Consistía el suplicio en descoyuntar los dedos.

(El testigo muestra las manos, en las que se advierten aún huellas de tortura.)

De las palizas que me dieron—sigue diciendo—sufrí una tísica en el pulmón. Un día me llevó al capitán Alegria, refiriéndose a la silla eléctrica, que aun estaban haciendo cosas nuevas bonitas. Alegria me dijo, refiriéndose al hoy procesado: «Este señor os está haciendo cosas muy bonitas». Yo le he visto allí varias veces.

Fiscal.—¿Usted cree que el procesado estaba en calidad de detenido?

Testigo.—No; de ninguna manera.

Fiscal.—¿Por qué tiene usted la impresión de que gozaba de libertad?

Testigo.—Gozaba de libertad absoluta, porque allí no se podía hablar con nadie, y a él le sacaban a los amigos del SIM, y le guardaban toda clase de consideraciones.

Fiscal.—¿Usted recuerda si un coche de turismo le esperaba a la puerta?

Testigo.—No lo sé.

Fiscal.—¿Usted recuerda si la esposa del procesado iba a verlo, y, sobre todo, a ver sufrir a los detenidos?

Testigo.—Lo ignora.

Fiscal.—¿Quiénes formaban el grupo de torturadores?

Testigo.—El que más se distinguía era el capitán Alegria y un sujeto que se llamaba López. Sin embargo, debo advertir que no podía uno fiarse, porque un día un Agente llamó a López, y éste le contestó que él no se llamaba así; que él era Albérrós. Al capitán Alegria lo vi de uniforme de Teniente de Artillería.

Fiscal.—¿Y un tal Meana?

Testigo.—Criminal, a más no poder.

Fiscal.—¿Y un tal Astorga?

Testigo.—Era jefe de Campo.

Defensor.—Caballero de España, ¿usted sabe si un detenido podía salir a la calle a efectuar compras, o a asuntos particulares, acompañado de los agentes de vigilancia del SIM?

Testigo.—No, señor.

Defensor.—Según el régimen experimentado por el propio testigo, ¿es usted que una persona que estuviera reclutada, aparentemente destinada en el SIM, podía efectuar visitas particulares y comprar en tiendas, simplemente acompañado de una pareja?

Testigo.—Conozco casos.

El Sr. Presidente.—¿Fueron personas de ideología derechista?

Testigo.—No; lo usaban con el fin de que delataran a gente que acudían a cafés, por ejemplo.

El Sr. Presidente.—¿Es decir, que eran personas que habían vacilado con las torturas y que se comprometían así con los agentes del SIM.

Testigo.—Sí, señor.

El Sr. Presidente.—¿Conocía usted alguna persona, de cualquier bando, que saliera a la calle con los agentes del SIM?

Testigo.—Uno que se apellidaba López Pastor.

El Sr. Presidente.—¿Por qué salía a la calle?

Testigo.—Con el fin de delatar en los bares.

El Sr. Presidente.—Me refiero a personas que salieran, pero no a delatar.

Testigo.—Como no fuera para eso, no podía salir nadie. Y quisiera también hacer una observación: al presentarle yo al jefe del Campo, Coloma, cómo estaba detenido el procesado, me dijo que por haber cometido una estafa al SIM. Y el mismo procesado se lamentaba del trato que se le daba, y de estar preso, después de los servicios que él había prestado al SIM, pues gracias a sus procedimientos se había descubierto a la Quinta columna en Barcelona. Declaraciones de Coloma en enero de 1939.

Comparece seguidamente el testigo don Jaime Escoda Llavaría.

Fiscal.—¿Usted formula la parte de un grupo de la Quinta columna?

Testigo.—Sí, señor, del grupo J M B. Y fui detenido con mi esposa, mis hijos y otros familiares.

Fiscal.—¿Dónde corrieron sus familiares?

Testigo.—Al día siguiente de llevar a la cárcel, me llamó un Intendente por el apellido Coll. Lo primero que me fue preguntado por un Comandante y por otros señores. Yo dije que no sabía nada. Me dieron un garrote y me sacaron los dientes. Yo le dije: «Ya perdí los dientes que quería, pero si me sacan los que me quedan, me voy a morir». Y me llevaron a la cárcel con una argolla de metal al cuello, y una bombilla eléctrica encendida muy cerca de los ojos, mientras me golpeaban fuertemente en la cabeza.

Después bajaron a mi mujer a un sótano muy húmedo. Entonces estaba ella con determinada dolencia, pero ellos no tuvieron ninguna consideración. De allí la llevaron a un cuarto donde había una campana que sonaba horriblemente, y luego a la nevera. De resultas de esto, mi esposa ha tres meses con el conocimiento perdido.

Fiscal.—Es lo ir, señor; ¿su esposa se ha vuelto loca?

Testigo.—Sí, señor.

Fiscal.—¿Y sus hijos?

Testigo.—A mi hija no la sometieron a suplicios. Después nos llevaron a todos al Collrell y nos condenaron a muerte. A un hermano mío lo asesinaron en Tarragona.

Fiscal.—¿Cuántos familiares de usted han muerto?

Testigo.—Mi hermano, que, como digo, lo asesinaron.

El testigo don Joaquín Gay Vilar.

A preguntas del Fiscal dice que estuvo en Vallmajó desde el 30 de mayo de 1938 hasta el 14 de enero de 1939.

Fiscal.—¿Se le sometió a tortura?

Testigo.—Sí, señor, el 22 de julio. Me encerraron en una celda que estaba en los sótanos de la torreta de los interrogadores. Había una ventana que salía a la pared, ligeramente inclinada. Al cerrar la puerta, una cinta obligaba a tener las manos pegadas a la pared, por encima de los ojos. A mí me pegaron la cinta a los ojos. Yo pude romper la puerta, para sacar la cabeza, pero no podía respirar. Había también un martinetillo eléctrico, que al hacer contacto, al cerrarse la puerta, con un vibrador, que hacía gran ruido. Más tarde me

pusieron una inyección infectada en un brazo, en el derecho. Lo hicieron con muchos compañeros, entre ellos Rodríguez, jefe de ventas de la Casa Ford; el comandante de Ingenieros Llorente, el señor Osset, don Alfredo Mazas, que prestaba servicio en la Jefatura superior de Policía. No quisiera suponer que ponían las inyecciones infectadas a propósito; pero son tantos los casos que lo dejó a la opinión del Tribunal.

Fiscal.—¿Qué efectos producía la inyección?

Testigo.—El señor Rodríguez, jefe de Ventas de la Casa Ford, falleció a consecuencia de ella.

Fiscal.—¿Usted estuvo en «la Verbena»?

Testigo.—Sí, señor; es el suplicio que he explicado; le llamábamos «la Verbena» o el de «las Campanillas».

También declara doña Rita Bermejo Bermejo.

A preguntas del representante del Ministerio fiscal, dice que estuvo en las chikas, por fascista. A las dos de la madrugada la llevaron a la calle de Muntaner, 388; de allí, a Muntaner, 321, y dos días más tarde, a la calle de Zaragoza, donde estuvo 48 horas, al cabo de las cuales salió para la Tamarita, donde la encerraron en una habitación que era de cuarto de baño; allí la echaron cueros de agua, y cuando la tiraron en una bañera, que tenía dos volantes, uno que daba al patio, y otro por donde estaba el cubo. Después la llevaron a la cárcel de Vallmajor. «A la fin de un mes, me levantaron la uña del dedo meñique, por dos veces. Me quisieron sacar en la silla el café, y se la falló, pero yo y no pude en la tal Guardia me dio una patada en el pecho; estuve quince días sin poder moverme.»

Declaraciones de un hermano y de la esposa de Laurencie.

Comparece Eugenio Laurencie, testigo de la Defensa. Es hermano del procesado. Y viene conducido por una pareja de la Guardia civil.

El Ponente le advierte que no tiene obligación de declarar contra su hermano; que no se le exige juramento, pero que se le exhorta a decir la verdad.

Defensor.—¿Usted recuerda si su hermano efectuó servicio de espionaje contra los rojos?

Testigo.—Sí, señor.

Defensor.—¿Estaba usted enterado de alguno de estos servicios?

Testigo.—De algunos, sí, señor.

Defensor.—¿Usted recuerda, concretamente, algunos de estos servicios de espionaje efectuado contra los rojos por su hermano?

Testigo.—Puedo recordar algunos. Ha prestado servicio...

Defensor.—¿Usted recuerda si su hermano fue detenido por los rojos?

Testigo.—Sí, recuerdo. Él y el doctor Pío. Recuerdo que, cuando él y un tal... se acusó a mi hermano de espía.

Defensor.—¿Usted recuerda si la detención fue trasladado a algún campo de trabajo?

Testigo.—Sí, recuerdo. Fue trasladado a varios individuos, entre ellos mi hermano.

Defensor.—¿Usted sabe la habitación que ha tenido su hermano en el campo de trabajo de la calle de Vallmajor de las celdas de la calle de Vallmajor?

Testigo.—Debo decir que, efectivamente, en el interior de eso, porque tuve ocasión de presenciar conversaciones de personas que venían a visitar a mi hermano. Pero con respecto a que la construcción se dela a él, le denegaré, porque los croquis y los planos los tenía él solo, ya que la idea de la construcción se la sugerían siempre.

Defensor.—La idea no era nunca del procesado?

Testigo.—No; de ninguna manera.

Defensor.—¿Qué personas le facilitaban los planos?

Testigo.—Me es muy difícil contestar, porque no sé si las personas que llevaban los croquis eran las que los hacían, o no hacían más que empujarlos.

Defensor.—Si su hermano no hubiera llevado a efecto la puesta en limpio, ¿hubiera sido suficiente por los rojos?

Testigo.—Indudablemente; lo quisieron ensayenar una vez en Vallmajor.

Defensor.—¿El tenía la convicción de que era suficiente, de negarse a esa colaboración?

Testigo.—No solo es cierto, sino que una vez que salimos en coche, nos perseguía otro. Incluso el jefe de la cárcel de Zaragoza, M. A. Loza, dijo que le quería capturar.

Defensor.—El proceso lo tenía por lo que le daba el miedo a los rojos?

Testigo.—Indudablemente.

Defensor.—Le hizo a usted parte de eso para hacer volar el SIM rojo?

Testigo.—Sí, señor.

Defensor.—¿Colaboró el testigo en estos planes?

Testigo.—Concretamente, no; me informó a última hora.

Defensor.—¿Por qué no se llevó a cabo el propósito?

Testigo.—Por haber sido detenido seis o siete horas antes.

Eso era lo más importante del programa, que tal vez le hubiera costado la vida a el mismo, porque no sabía si tenía refugio.

Defensor (levantando la voz).—¿Usted sabe si estas chekas que se construyeron eran trasunto y copia de otras que ya se habían construido?

Testigo.—Cree que eran copia de las del Consulado de Santa Ursula, y ésta, a la vez, de las construidas en Rusia.

El Sr. Presidente.—Haga el favor el Defensor de no coaccionar con las preguntas.

Defensor.—Señor Presidente, si he levantado la voz, es porque el testigo es un procesado; pero no ha hecho en tal ánimo deseo de coaccionar.

El Sr. Presidente.—Haga el favor al testigo de preparar la respuesta.

Defensor.—El testigo si fue o no a las chekas, interviniéron en la construcción de las chekas?

Testigo.—Supongo que sí, porque había polacos y rusos.

Defensor.—¿Usted sabe si el Consul de la URSS cerca del Comate rojo y el Consulado de Barcelona intervino también, con su presencia y su asistencia a estas chekas?

Testigo.—Yo personalmente no lo he visto.

Fiscal.—¿La idea de la revolución se la planteó usted vivía en Barcelona? ¿A qué se dedicaba?

Testigo.—Yo me dedicaba a la investigación científica de la química, en el Laboratorio de la casa del Pso de Santa Ursula, en la calle de T. En esta ocasión me sorprendió el Movimiento en Barcelona.

Fiscal.—¿Siguió con las representaciones?

Testigo.—Sí, señor; pero no conseguía ninguna operación.

Fiscal.—¿A qué se dedicaba usted?

Testigo.—Me dedicaba a salvar los intereses de las Casas para que no fueran robadas por elementos de la CNT y de la FAI; pero parte de ellos fueron robados. Me puse al servicio

del Consulado de Austria, colaborando en la evacuación de extranjeros y de algunas familias españolas, que salieron bajo bandera austriaca y mi propia responsabilidad.

Fiscal.—¿Tenía usted sueldo?

Testigo.—No; mi trabajo era voluntario.

Fiscal.—¿De qué vivía usted entonces?

Testigo.—Tenía cuentas corrientes y vendía el material.

Fiscal.—¿Solicitó usted un empleo en la Policía roja?

Testigo. Mi hermano me dijo que había sido presentado al Vice Cónsul de Italia para servicio de espionaje, y me preguntó si quería colaborar. A mí, francamente, eso del espionaje no me gustaba, y le contesté: «Si puedo hacer algún otro servicio, estoy a tu disposición, siempre que sea un servicio favorable a nuestros ideales». Si tu querías incluírme—me dijo—, te podría ayudar. Y probó de incluírme en la Consejería de Defensa; en el Gabinete de... no recuerdo el nombre; pero nunca me fué posible, por falta de confianza o por no tener avales políticos.

Fiscal.—En definitiva, no logro influencia para incluírle a usted.

Testigo.—En ese sentido, no.

Ponente. Dice el testigo que su hermano se limitó a poner en limpio los planos que le fueron dados por otros señores, señor Secretario, exhibale el plano del Fomento, para que manifieste el testigo si los reconoce como de su hermano.

(El Secretario exhibe el plano, y el testigo lo reconoce.)

Ponente.—Las notas puestas a lápiz ¿son de su hermano?

Testigo.—Pero son copias.

Ponente.—¿Y como se explica que figuran las notas que están al margen, que parecen tomadas rápidamente?

Testigo.—Eso se explica porque muchas de las personas que encargaban los trabajos eran gentes incapaces. Venían con un croquis, y llamaban a mi hermano, y él tenía que tomar nota de las indicaciones.

Ponente. Usted decía que en una ocasión, yendo en automovil, les seguía otro coche para atentar contra ustedes.

Testigo. —Contra mi hermano. Llevábamos de escolta un tal Navarro y un tal Gimeno, y el segundo coche era el que nos perseguía.

Ponente.—Y los agentes que iban con ustedes ¿no tenían la misión de vigilarlos? ¿Cómo no le denunciaron ustedes lo ocurrido?

Testigo. Porque nos parecía mejor silenciarlo.

Ponente. —Usted se enteró a última hora del intento de voladura del SIM. ¿Se llegó a colocar la mina?

Testigo. No, porque fueron detenidos. Los explosivos los compró mi hermano.

Ponente. —¿Antes de estar vigilados o después de estar vigilados?

Testigo.—Cuando estaba vigilado.

Ponente.—Usted asegura que su hermano estaba vigilado. ¿Y con esa vigilancia pudo comprar los explosivos?

Testigo.—Algunas veces comíamos mi hermano y yo en las Misiones, y entonces aprovechábamos que no había nadie, y podía coger explosivos.

El Sr. Presidente. A ver si usted concreta. Sí o no, como Cristo nos enseña. Voy a hacerle una pregunta concreta: ¿En toda Cataluña no existía más arquitecto, o aficionado, que su hermano de usted?

Testigo.—Supongo que habría otros.

El Sr. Presidente.—Yo le pregunto concretamente.

Testigo.—No puedo saberlo concretamente; supongo que sí.

El Sr. Presidente.—Usted supone que sí.

Usted, por las manifestaciones que ha hecho, ¿ha cooperado con su hermano en la confección de planos?

(El procesado mueve la cabeza, negativamente.)

El Sr. Presidente.—¿Es que ha dado usted tantos datos! ¿Es que está tan enterado de los planos y reuniones, y de los apuntes que le facilitaban?... ¿No ha cooperado usted, de una manera directa, en los planos o en las construcciones de chekas?

Testigo.—No, señor. ¿Me permite...?

El Sr. Presidente.—No permito que conteste más que a preguntas, concretamente.

El Sr. Presidente.—¿Quiere usted decir al Consejo, de manera clara y concreta, si la voluntad del SIM estaba señalada para después de entrar las tropas nacionales en Barcelona, el objeto de que no se pudiera saber lo de la construcción de las chekas?

Testigo.—No, de ninguna manera. Fue la proyectada para el primer día que hubiera bombardeo.

El Sr. Presidente.—¿Una pregunta: ¿En qué situación se encuentra usted hoy?

Testigo.—Yo estoy detenido.

El Sr. Presidente.—¿No está usted depurado?

Testigo.—No; todavía no.

María Luisa Preshen.

Esposa del procesado. En su declaración no aportó ningún dato. Se le acusa de haber estado en el cuartel, y también comparece custodiada por la Benemérita.

A preguntas del Defensor, dice que no sabe que su marido haya construido las chekas de castaño; que su marido estuvo detenido por los rojos por haber espiado a favor de los nacionales, si bien no sabe si la información era de esta clase.

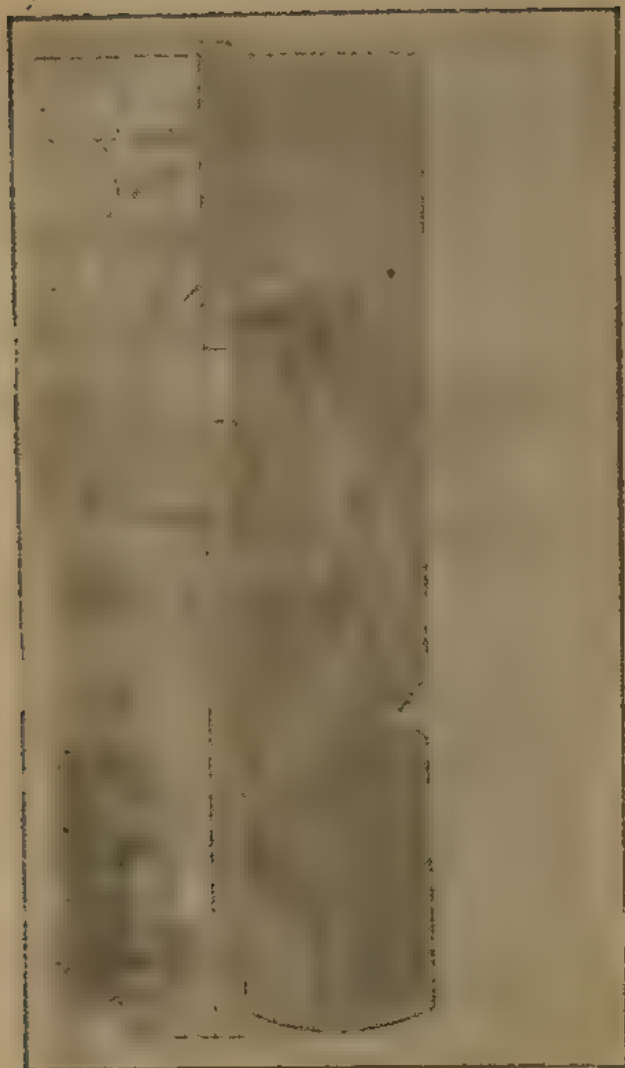
Fiscal.—¿Si usted no pudo poner en la línea de fuego al campo nacional para que se fuera a referir a un no tenía a relación o correspondencia con los y con el ejército nacional; tenía relación con el ejército de la zona, ¿verdad?

Testigo.—No sé nada.

Fiscal.—¿Usted no estuvo en contacto con elementos de la Quinta columna?

Testigo.—No sé nada.

El Sr. Presidente.—¿Quiere usted decir al Consejo, a continuación del interrogatorio de la testigo.



El Uniforme de obra Urduña, opinaba que una permanente de cinco o diez minutos en los mismos se refir a las celdas-armas - sabría ablandar el que sea citando.

EL INFORME DEL FISCAL

«Estamos, señores del Consejo, ante un delito contra el derecho de gentes.»

«Porque las chekas no son otra cosa que la bofetada más sangrienta que pueda darse a los sagrados derechos de la piedad cristiana y que registra la Historia contemporánea.»

no importa. Las tropas de Franco llegan. ¡Viva Cristo! ¡¡Arriba España!! Barcelona, 25 de enero de 1939.

Y, efectivamente, las tropas de Franco llegaron, y sus soldados invictos corrieron por las calles de la ciudad y se extendieron, como una gran mancha de aceite, por las cuatro provincias, para barrer, por siempre y para siempre, al Comunismo, al Anarquismo y al traición Socialismo. Y llegaron nuestros invictos jefes, y nuestros héroes y leales Generales, no como vengadores, sino como libertadores, para restablecer el orden perturbado, el derecho de propiedad asaltado, la santidad del templo profanada, la inviolabilidad del domicilio Lollada y escarnecida, la honradez de la mujer pisoteada y hasta la moralidad de las costumbres relajada y pervertida. Pero ni la ley moral, ni el Derecho, ni el mismo individuo que habían satisfechos si a los elementos que cometieron delitos con la horda roja no se les aplicase el debido castigo, la sanción debida. Y si es verdad que la Justicia de Franco, por vosotros, representada, severa y decisiva, es, a veces, ininteligible y comprensiva para determinar la figura delictiva, es, también, fulminante, como el rayo de Jehová, cuando se trata de juzgar a enemigos del derecho de gentes y de la unidad sagrada de la Patria.

Y ante un delito contra el derecho de gentes, estamos, señores del Consejo. Porque las chekas no son otra cosa que la bofetada más sazonada que pueda darse a los derechos de la piedad cristiana, y que registra la Historia contemporánea. Para ser la ciudad española que no haya tenido la desgracia de sufrir el peso de la pezuña marxista, en la época roja, que no conozca estas tristes y siniestras cárceles llamadas chekas. ¿Quién no ha oído hablar de las chekas de Madrid, Santa Ursula, de Valencia; las de los sótanos del Gobierno civil de Murcia, las chekas de Albacete y Almería?

Señores del Consejo, ¿qué son las chekas? ¿Qué nos dicen las chekas? ¿Qué revelan?...

El procesado es, materialmente, autor de las celdas de tortura de Vallmajor y Zaragoza, que él ha dirigido. ¿Qué pruebas tiene el Fiscal para hacer una acusación tan tremenda contra el procesado? ¿Es que no hay pruebas de descargo a su favor? ¿Y que pena pide el Fiscal, y qué clase de delito es el cometido? Como antes digo, pocas serán las ciudades de España de la zona roja que no hayan sufrido la desgracia de tener chekas. En la de los bajos del Gobierno civil de Murcia se prodigan, con crueldad refinada, los salameos tormentos del notro, de las atillas y del ataúd. Las manos de las víctimas, fuertemente presionadas por dos gruesos astiles que salen de las puertas, son trituradas, quemándoseles después las venas de los dedos. Sobre una pantalla de un metro se proyecta, en presencia de los detenidos, e zonas verdaderamente terroríficas: en la pantalla se representa en un ojo humano, que es rasado con una cuchilla de afeitar; y se le dice al detenido: «Si no declaras, a ti te haremos lo mismo». Otras veces el lienzo presenta unas enormes tijeras, que ocupaban la pantalla, y con ellas un cirujano iba cortando los dedos de los pies y de las manos a un hombre; y la misma observación al detenido: «Si no declaras, a ti te haremos lo mismo». A veces, un hombre gigante, enarbolando una inmensa maza de hierro, traumatiza los pies de la víctima; y la misma advertencia: «Si no declaras, te haremos lo mismo».

El tormento del ataúd consistía en poner a la víctima en posición vertical. Permanecía, en una especie de armario, días y días, sin más alimento que un poco de agua y un poco de pan.

Y el del olivo. ¿Quién no ha oído hablar en Murcia de este tormento? Era el fusilamiento simulado, dos, diez, cuarenta veces, al objeto de obtener declaraciones «espontáneas».

Pero, sin duda, las chekas de Barcelona pasarán a la Historia como las más horribles de las crueldades. De los antecedentes que he podido recoger, debemos distinguir dos etapas en la historia de las chekas de Barcelona: antes de la llegada del Gobierno Negrín, y después de su instalación en Barcelona. En la primera época las chekas son cárceles, generalmente sindicales, más o menos clandestinas, en las que están personas que no han cometido más delito que ser buenos ciudadanos y venir a España. Son las cárceles del «Buenos Aires», el «Argentina», «Villa Madrid», Palacio de las Misiones y del Arte, Pueblo Español... Pero cuando las chekas adquieren toda la característica de cárceles bolcheviques es, precisamente, a partir de la llegada del Gobierno Negrín a Barcelona. Y surge la cheka de Vallmajor, y la de Zaragoza, Copernico y la Tamarita. Y aparecen los siniestros campos de trabajo, por orden y mandato del Gobierno rojo de Negrín; aquellos campos de trabajo, señores del Consejo, en donde los allí reunidos distraían su desesperación y desconsuelo en agotadoras jornadas de sol a sol, interrumpidas por unos minutos para tomar un caldo infecto en donde nadaban unas cuantas lombrices. A los pocos días sufrían los efectos de la avitaminosis, y luego aparecían las gangrenas y las amputaciones de las extremidades superiores e inferiores.

Pero, como antes mencionaba, ninguna de estas torturas llegó a la ferocidad de las que se aplicaban en las chekas de Vallmajor y Zaragoza. Para que la expresión del lenguaje responda verdaderamente al contenido, voy a dar la descripción de aquellas celdas. En definitiva, las celdas de tortura eran antros reducidos, en donde, por una desastrosa combinación de luces, de calor, de agua y de frío, los allí internados eran obligados a hacer declaraciones, por sí mismos y después de ser sometidos, otra vez, a los equipos de torturadores.

En la llamada «nevera», el cuerpo del detenido, desnudo, hambriento y previamente traumatizado, era sometido a la acción de una ducha helada que se filtraba por las cuatro paredes; luego eran expuestos a una fuerte corriente de aire.

Se torturaban las facultades morales y físicas de la víctima en la celda de los Colores alucinantes, en la que figuras geométricas entretenían la atención del detenido, pues la vista no podía apartarse de aquellos diabólicos dibujos. El cuerpo extenuado no lograba descanso, porque la inclinación del 20 por 100 que se había dado al madero que servía de cama impedía todo descanso, y obligaba a un continuo sobresalto a la víctima. Era imposible también la distracción del pase por la celda, pues estaba pavimentada con ladrillos que sobresalían, hábilmente distribuidos, para que fuera imposible moverse. Un poyo, adosado a la pared, impedía sentarse, porque la superficie inclinada del mismo, hacía resbalar el cuerpo hasta el suelo, y así sólo quedaba al detenido la posibilidad de recostarse cara a la pared. Mas entonces, señores del Consejo, entraban en juego las figuras, las curvas, arcos y ángulos sin finamente dibujados en aquella que, al contorno de una potente luz, simulaba que todos los detenidos se mueven, haciendo salir en trizas los muros de las celdas, clavando en ellos los alfileres de la multitud y causando la fiebre de la locura en las celdas de colores.

Me voy a olvidar, señores del Consejo, de la celda de los colores, la «nevera» o la «celda de la muerte», de la «celda de la locura» o la «celda de la muerte» o la «celda de la muerte» de los colores, de los colores de fuego en donde, en contra de la naturaleza, se sometía al detenido, encorvado sobre las rodillas, ya que el suelo era tan resbaladizo que el descansar era imposible. El poyo inclinado del cama no permitía apoyar los pies, y con esta posición se lograba la inmovilidad completa del cuerpo. Completaba el tormento la casi calca-

nación de los ojos por la proximidad a los mismos de una potentísima lámpara eléctrica, sin que el martirizado pudiese taparse un poco con las manos, porque unos anillos de hierro aplicados en los párpados se lo impedían.

En otra celda, de forma semicircular, alquitranada y orientada al sur, se conseguía la más absoluta desorientación de la víctima, a la que se había introducido por una trampa muy bien disimulada. El calor era espantosamente asfixiante, llegando al paroxismo.

En la cheka de la calle de Zaragoza ideó el procesado analogas escenas de tortura. Había una carbonera, como las corrientes en las cocinas de las casas; el cuerpo solo podía permanecer inclinado sobre una superficie humedecida. Otras celdas, de mayores dimensiones, eran de cemento. Allí se aplicaba el suplicio de unos pobres umbres o cencerros, que sonaban constantemente en los oídos del detenido. Por último, la silla eléctrica. El cuerpo era sometido a pequeñas corrientes, de variada intensidad. Como colofón de aquel suplicio, duchas de agua fría, inyecciones antivenereas en cuerpos sanos, suspensión del cuerpo por los pies, sección, con cuerdas de guitarra, de los órganos genitales. En fin, toda una serie diabólica, científica y moscovita, de suplicios, aplicados con la complacencia del «Gobierno» rojo-separatista.

Muchos de los buenos españoles que sufrieron tortura, allí murieron; muchos y ejemplares ciudadanos que padecieron sufrimientos pascan hoy con la mirada extraviada en los lejanos tormentos, y quién sabe si con alguna alteración mental.

Estas eran las celdas de tortura de Vallmajor y Zaragoza. Pero lo interesante, señores del Consejo, es examinar lo que nos dicen estas siniestras cárceles, qué nos revelan. Y lo que nos dicen y lo que nos revelan es que las chekas son el cargo más grave que puede lanzarse contra el Gobierno rojo, contra

un Gobierno que tuvo el cinismo de presentarse en el Extranjero como representante de la Libertad (Rumores de aprobación.) cuando ordenaba el sacrificio, la tortura y el fusilamiento en masa de ciudadanos españoles. Mosaico de matanzas de religiosos y monjas, violación de éstas y de jóvenes de buenas familias, asalto de domicilios particulares, robo del oro del Banco de España, saqueo de nuestro Patrimonio artístico. Y llegan incluso en su cinismo a ofrecer en venta, al mejor postor extranjero, pedazos de la sagrada integridad de nuestra Patria.

Y no se nos diga—en el Extranjero, tal vez; en determinados sectores del Extranjero—, no se nos diga que esas cárceles eran cárceles clandestinas. ¡No! Eran cárceles oficiales del Gobierno rojo de Negrín. Porque en la prueba practicada en el sumario hay antecedentes más que sobrados para que nosotros podamos llegar a esa conclusión. El Gobierno rojo tenía noticias de esas chekas. Y las consentía. Y las autorizaba. Ahí está la declaración del Secretario del Colegio de Abogados de Barcelona que nos dice cómo en un Consejo de Ministros llegó a tratarse de la cuestión palpitante de las chekas; cómo la mayoría de los ministros deliberaron y acordaron que las chekas continuasen. Y nos dice también ese mismo testigo cómo el Colegio de Abogados de Barcelona denunció la existencia de las chekas y de los suplicios que allí se prodigaban, y cómo por el Fiscal del Supremo se hizo una amplia información, que se sobreescribió, con la declaración de elevadas autoridades rojas de que no podía hacerse nada sobre el particular porque se desconocía la existencia de las chekas, cuando precisamente en el Consejo de ministros a que acabo de referirme se había tratado de esta cuestión.

Eran instituciones oficiales. Tan instituciones oficiales que en la de Vallmajor existía una Asesoría jurídica que incoaba

procedimientos que se veían ante los Tribunales de Barcelona e incluso ante el Tribunal de Espionaje y Alta Traición.

Pero también las chekas proyectan sospechosa complicidad y gravísimas censuras contra aquellos Gobiernos extranjeros que apoyaron la causa de los rojos, señores del Consejo. Porque tenían noticia de las mismas. Y yo pregunto: ¿Qué hicieron esos Gobiernos y aquella comisión de diputados frentepopulistas, que vino a Barcelona, que no oyeron los gritos de terror que salían de las chekas de Vallmajor y Zaragoza? ¿Y qué hacía aquel atrabiliario y estrafulario deán de Canterbury, y por qué no informó al Gobierno de la siniestra existencia de las chekas de Barcelona? ¿Qué hicieron los miembros de la Sociedad internacional de la Liga de Derechos del hombre? ¿Por qué no hicieron algo por suprimir y procurar que no actuasen en Barcelona las chekas? En fin: ¿qué hicieron aquellas Sociedades masónicas que se dicen amantes de la Humanidad y del Progreso? Solamente en el corazón de oro de nuestro Generalísimo hallaron eco los tormentos de aquellas víctimas, y solamente el queso, pido y supo librarles para sí, para el martirio y del cautiverio.

¿El procesado es autor, y, efectivamente, intervino en la construcción de las chekas y de las celdas de tortura de Vallmajor y de Zaragoza? Inútilmente, señores del Consejo. El mismo lo ha confesado en el día de hoy; él mismo lo ha reconocido en sus declaraciones. La ley y la denuncia lo ven a denunciar y a revelar de modo auténtico, reales por el propio procedimiento que va a confirmar los cargos gravísimos que este proceso acusa contra él. Porque hay un plano, con notas explicativas de plano y letra del procesado, examinando los crímenes peyorativos que han de producir en las víctimas las desdichadas torturas que se instala en las celdas de tortura del SIM.

Por ello el procesado, en una de las declaraciones ante el juez instructor del sumario, dijo que tenía que reconocer que en toda su actuación—palabras textuales—había un punto negro: el de la construcción de las celdas de tortura de Vallmajor y de Zaragoza.

¿Tiene pruebas de descargo? Señores del Consejo, la monstruosidad del delito es tan grande, la perversidad del encartado es tal que tengo la duda de si me será permitido, si tendré la obligación en estos instantes, de entrar a examinar las alegaciones que hace el procesado. Pero no olvido que soy Abogado fiscal de la Justicia de Franco y que nuestros ideales de Justicia están presididos por la Ley divina del Crucificado. ¿Qué disculpa pone el procesado para su nefasta actuación? Dice que construyó aquellas celdas de tortura de Vallmajor y Zaragoza para granjearse la confianza de los dirigentes del SIM al extremo de que le pusieran en libertad y poder continuar haciendo actos de sabotaje a la causa roja y favorecedores a la Causa Nacional, como venía haciéndolo con anterioridad al momento de ser detenido, en la primavera de 1937. ¿Hay pruebas en el sumario que demuestran la realidad de estas exculpaciones del encartado? Ninguna. Brullen por su ausencia las más ligeras insinuaciones de que pueda haber algo de verdad en lo que dice el encartado.

En el terreno de las hipótesis, suponiendo por un momento a fines de dialéctica, no más, de que fuera cierto eso, habría de llegar a la conclusión de que estábamos en presencia de un procesado que, para conseguir el bien egoísta de su libertad, no dudó, no tuvo un momento de duda, en emplear esos tormentos, esas celdas de martirio, donde se extermina a inocentes ciudadanos españoles y buenos patriotas. Y, por consiguiente, la desproporción entre el deseo de salvarse y lo que consigue con la construcción de las celdas es tan enorme que no puede

R. L. Chacón

de ninguna manera favorecerle tal actuación. Pero, como antes dije, no hay pruebas sobre el particular y el procesado no puede de ninguna manera disculparse. Nos dice que había realizado con anterioridad a su detención labor de espionaje; nos dice que a la fecha de realizar la construcción de las celdas de tortura estaba detenido, y, en definitiva, pretende nada menos el procesado, al terminar sus memorias de 217 folios, que nosotros, los españoles de Franco, le concedamos el título de «Hijo predilecto de la España Nacional», porque España—tiene ese mismo—es su segunda Patria.

Y esto no puede ser; no puede ser por las siguientes consideraciones. ¿Estaba del todo cuando hizo las chekas? No. Por lo pronto, él va atenuando un poco ese cargo, porque dice que estaba en libertad. Los testigos declaran que el procesado dirigió la construcción de las celdas, en términos tales que pudiéramos llegar a la conclusión de que, en efecto, estaba en libertad. Le esperaba un coche a la puerta, y los dirigentes del SIM, que trabajaban en las chekas, le recibían cortés y respetuosamente. Hasta alguno dice que vió a la mujer del procesado experimentar, en las chekas, las diferentes torturas que el procesado había inventado.

Es más; esta tarde ha venido a reconocer que estaba en libertad, porque, aun concediendo en hipótesis que cuando construyó las celdas de la calle de Vallmajor estaba detenido, no es menos evidente que de la terminación de esas celdas al momento en que comenzó a construir las de Zaragoza pasaron tres meses, y durante esos tres meses ha dicho el procesado, a preguntas de esta Representación, que estuvo en libertad. Luego si estuvo en libertad tuvo las manos libres para no haber intervenido nunca, jamás, en la construcción de las chekas de la calle de Zaragoza.

Por qué hizo las chekas de Barcelona

Y tampoco hizo el procesado labor de espionaje a favor de la España Nacional. Aun prescindiendo del cargo más trascendental, que es la construcción de las celdas de castigo de las chekas, refiere el encartado en las propias memorias unidas al sumario una actuación revolucionaria tal que bastaría ya, por sí sola, para que las más graves responsabilidades pudieran corresponderle a ese hombre. Porque se movió en el ambiente sangriento y rojo de Barcelona con una desenvoltura que solamente es concebible en un dirigente de los más destacados y significados. Y así le vemos desempeñando cargos tan importantes como el de empleado de toda confianza en la Jefatura de Orden Público, de Barcelona, desde el mismo día 20 de mayo de 1936; vemos cómo es Agente - número 29—del Servicio de Contraespionaje del Estado mayor rojo; vemos como le asignan a la categoría de Alférez y Terciente de Complemento, y, en fin, según sus propias manifestaciones, tiene una amistad íntima con los dirigentes de la España rojoseparatista que hay que encuadrarle, por estas consideraciones, en aquel grupo, vuelto a repetir, de dirigentes marxistas de la España rojoseparatista.

Insisto en que no hizo labor alguna de espionaje a favor de la España Nacional. He estado especialmente interesado en preguntar a su hermano y a su esposa, para concretos acerca de servicios especiales hechos a favor de la causa Nacional, y he oído al procesado que su mujer y su hermano no pudieron ni hacer ni ningún servicio de espionaje a favor de la causa Nacional, ni con la España Nacional, ni con la Quinta columna. Su esposa nos dijo que desconocía en absoluto que su marido tuviera contacto con elementos de Falange, o que se reuniera con personas de derecha; el mismo procesado nos lo manifestó así, también. Por consiguiente, señores del Tribunal, no existe la más ligera prueba—ateniéndose a lo que el

propio procesado y sus familiares dicen—para que se pueda llegar a la conclusión de que estamos en presencia de un hombre que prestó servicios a la Causa Nacional. A todo lo más a que se puede llegar es a que estamos en presencia de un aventurero internacional, que, como antes indicaba, se encontró a gusto y nadando, admirablemente en las aguas revueltas de la Cataluña roja. A un aventurero internacional, que se deleita en traicionar a una Sindical y a otra, al extremo de que, por complicarse en los sucesos de mayo de 1937, va a parar a la cárcel de Vall d'Abr y allí sufre prisión. El mismo día cómo se destacó en Barcelona yendo de una barricada a otra, traicionando a unos grupos y a otros, porque traicionaba a todos; y nada tiene de particular que los mismos rojos, ante un hombre peligrosísimo, tuvieran que reclutarle en la misma cárcel donde él instaló las celdas de castigo.

Por todas estas consideraciones, entiende el Ministerio Fiscal que nada puede favorecer al procesado; pero, por si tal vez la ilustrada representación de la Defensa hace hincapié en las memorias a que me estoy refiriendo, he de indicar que tengo la absoluta convicción de que esas memorias son una pura fábula del procesado. Porque, señores del Consejo, un hombre que, según él, tiene tanta influencia y que llega al extremo de estar a punto de apoderarse del plan R del Estado mayor del Ejército rojo, que proyecta detener a la plana mayor y hacer volar con dinamita la carretera internacional con Francia, un hombre que reúne esas facultades, que le acredita como un verdadero jefe de Estado mayor del enemigo, no logra colocar en una sencilla oficina a su hermano, según dice el procesado en sus memorias y según dijo hoy el hermano mismo. Es una fábula inventada por el procesado.

Y nada más, señores del Tribunal.

«Las leyes humanas están hechas para seres humanos y es tan horrible el delito cometido por el procesado que casi no es posible encuadrarlo en los artículos de ningún Código.»

¿Qué calificación tiene este delito? Las leyes humanas están hechas para seres humanos, y es tan horrible el delito cometido por el procesado que casi se ve uno en la imposibilidad de encuadrarlo en los artículos de ningún Código. Sin embargo, a mi juicio procede considerarlo incluido en los artículos 237, números 3.º y 4.º, y 238, número 2.º, del Código de Justicia Militar, que definen el delito de adhesión a la rebelión, en relación con el artículo 5.º de la disposición de 28 de julio de 1936, que castiga como delitos de adhesión a la rebelión los ataques contra el derecho de gentes.

(El Fiscal, puesto en pie, al igual que el Tribunal, termina diciendo:).

LA PETICION FISCAL.

Por estas consideraciones, en nombre de la Ley y en nombre del invicto Generalísimo Franco, termino solicitando de los señores del Consejo impongan la pena de muerte, en garrote vil, al procesado Alfonso Laurenci.

El Abogado defensor.

«Me han mandado defender a este hombre y lo hago con la misma fe, con la misma energía, con la misma buena voluntad con que defendería una trinchera si mis jefes me lo ordenaran.»

A continuación hizo uso de la palabra el Abogado defensor, quien comenzó diciendo:

Excmo. Señor, Señores del Consejo: Los rojos, que tan brillantemente fueron batidos por nuestro Ejército Nacional, nos combaten ahora con un procedimiento vil e insidioso que consiste en una maniobra—no tipo militar, que para ellos está ya prohibida—de insidias, de calumnias y de comadreo, tan propio de ellos. Y esa maniobra, que ni a mi ni a mis distinguidos compañeros los Alfereces defensores nos preocupa, porque res-

Por qué hice las chekas de Barcelona

bala por encima de nuestra honorabilidad, y porque no ofende sino quien puede; esa maniobra, digo, consiste en ir creando un ambiente de recelo alrededor de nuestra actuación, insinuando que no se observa en nuestra actividad aquel entusiasmo y quizás aquella elocuencia y aquella brillantez a que no podemos acudir en todos los Consejos, por la sencilla razón del gran número de ellos que pesa sobre nosotros, aparte del nuevo estilo, a que acaso no están aún acostumbrados, debido a la democracia que hasta ahora había «imperado» en todo momento, y que es el estilo nuevo de la España imperial que nace. Añaden que nuestros informes son pobres, o insinúan que, por tratarse de oficiales del Ejército que los ha derrotado a ellos, no tenemos el interés que debíamos de tener en la defensa de los patrocinados. Es una maniobra que no me preocupa, pero que, hinchada tendenciosamente por la Prensa judío-masónica del Extranjero, pudiera intentar empañar la Justicia de nuestro Caudillo. Y esa maniobra es la que yo vengo a desbaratar esta tarde con mi actuación en esta defensa. Porque ya sabemos que lo que los rojos decían era precisamente lo contrario a la realidad. Cuando los que tuvimos la desgracia de permanecer en esta ciudad oímos que el parte rojo refería que nuestra «Gloriosa» aviación ha derribado cinco aparatos enemigos, tened por seguro que era la del invicto Caudillo Franco la que había derribado cinco aparatos del enemigo rojo.

He venido aquí, señores del Consejo, a cumplir esta misión sacrosanta de la defensa, y he venido cumpliendo una orden, con el mismo entusiasmo, con el mismo celo con que me apresuraré a defender una trinchera si mis Autoridades militares me lo mandaran. ¿Que es más que una trinchera lo que estoy defendiendo yo en estos momentos? He venido aquí, señores del Consejo, porque la Ley y el Auditor, el excelentísimo señor Auditor, mi jefe, me lo mandan. Me han mandado defender a

este hombre, y con la misma fe, con la misma energía, con la misma buena voluntad con que defendería una trinchera—repito—si mis jefes me lo ordenaran, vengo a hacerme fuerte en la banqueta para salvar la cabeza de ese hombre que se sienta en el banquillo; y no quisiera más que—para desbaratar la burda maniobra a que antes aludí—morir, en este sitio, de un ataque de apoplejía, para que, dando un ejemplo al brillante Cuerpo Jurídico Militar, se pusiera aquí un sencillo epitafio, que sirviera de lección y ejemplo, a mis compañeros de toga y a mi mismo, cuando vinieran a trabajar a esta Audiencia: «Aquí yace un Alférez, muerto en el cumplimiento de su deber».

Recuerda a continuación las vicisitudes pasadas en Barcelona durante la tiranía rojo-separatista; y examina las pruebas practicadas a través del sumario y del Consejo de guerra para llegar a la conclusión de que su patrocinado obró influido por un miedo insuperable, ya que sobre él pesaban gravísimas condenas y tenía la convicción absoluta de que, si se negaba a admitir los trabajos de confección de planos de las celdas de tortura de las chekas de Vallmajor y Zaragoza, sería fusilado por los rojos. Laurencie obró a impulsos de una fuerza irresistible y de un miedo insuperable. Termina su informe el defensor con estas palabras:

Por otra parte, esta defensa no estima que exista el delito de adhesión a la rebelión, porque falta la identidad de principios ideológicos, que es característica de la cualificación del delito. Laurencie es, en todo caso, autor de un delito de auxilio a la rebelión, con las atenuantes antes indicadas.

El procesado trata de hacer su descargo y no logra sino divagar largamente.

LA PRESIDENCIA pregunta al procesado si tiene algo que alegar, y este solicita permiso para hacer uso de la palabra. En el público se produjo un movimiento de expectación; pero pronto fué ganado por la decepción, pues Laurencie, en un discurso de más de hora y media, no aportó ni un solo detalle interesante ni una sola prueba en su descargo. Se limitó a divagar, aprovechándose de la benevolencia del Presidente del Consejo de guerra, que reiteradamente le hizo observar que podía seguir hablando todo el tiempo que quisiera, si bien le rogaba que, en vez de divagar, se diera a extremos concretos. El público y representaciones de la Prensa, incluso, fueron abandonando el local, y Laurencie seguía en el uso de la palabra. La serenidad de que había dado muestras al principio, había ya desaparecido, y el proceso terminó su extensa disertación sin haber dicho nada, absolutamente nada, interesante, y sin haber salido a defenderse.

TEXTO DE LA SENTENCIA DICTADA CONTRA LAURENCIE

La sentencia dictada por el Consejo de guerra dice:

«En la plaza de Barcelona, a 12 de junio de 1939, Año de la Victoria, reunido el Consejo de guerra permanente número 2

de esta Plaza para ver y fallar la causa número 3261 de esta Auditoria, seguida por el procedimiento sumarísimo de urgencia contra el procesado Alfonso Laurencie, de nacionalidad yugoslava, nacido en Enghien (París, Francia) el 2 de julio de 1902, hijo de Julio y de Melitta (nacida Jaun), casado, vecino de Barcelona, cuya verdadera profesion es la de Director de orquesta y pintor, aunque ostentó tambien, indebidamente, las de Arquitecto, Ingeniero, Sargento de la Legion Extranjera en España, Oficial del Ejército yugoslavo y otras.

Dada cuenta de las actuaciones, practicadas las pruebas propuestas ante el Consejo, oídas la acusación fiscal, la defensa y el procesado; y

RESULTANDO: que el inculpado, de pésimos antecedentes, afiliado a la CNT en 1933, y a la UGT, en abril de 1936, procesado por estufa en 1935, en la misma madrugada del día 19 de julio de 1936, simulando ser a ratos periodista y otros enfermero, se mezcló con la chusma que asaltaba los cuarteles y cometas en ellos y en otros puntos de Barcelona todo genero de crímenes y desmanes, para presenciar y encontrar en aquella orgia fragorosa y sangrienta un espectáculo y una fuente de sensaciones múltiples para su psicología anormal y degenerada; por simple similitud temperamental con la turbante rúa se adhirió a esta pléyade, prescindiendo de su intencional colaboración con un ofrecimiento casual a los Sindicatos y con el desempeño ulterior y sucesivo de los variados, y en ocasiones importantes, puestos de intérprete y escolta de extranjeros, con la facultad de visar sus pasaportes, ayudante del Secretario de la Comisaria de Defensa, Alférez y Teniente de Complemento del Ejército Popular, Agente número 29 del servicio de Contraespionaje, Responsable, mas tarde, del mismo y encargado en verdadera

función de Comisario político de vigilancia y depuración en los frentes de combate; aprovechó todos estos cargos, con la deslealtad en él característica, para, en unos casos, proporcionar la salida al extranjero de personas pudientes y obtener de ellas pingües ganancias, y en otros traicionar a sus compañeros por el mero placer de causar daño, y sin que pueda admitirse la alegación del procesado de que lo hizo para ayudar a los nacionales, no solo porque él mismo confeso ante el Consejo que entonces despreciaba a todos los españoles, sino porque, quitándole toda eficacia a estos hipotéticos servicios, nunca tuvo, ni procuro tener en ellos, el menor contacto con la organizacion oficial de informacion, ni con aquellas agrupaciones espontaneas y heroicas de patriotas que colaboraron en la lucha de liberacion, con sus sabotajes, y que integraron y honraron con sus martires la llamada Quinca catalana, desahucio, o entrevista, al menos, esa labor de doble fondo que releva a cargo el encartado y lo que hizo, en la lucha de los comunistas con los gubernamentales de Negrin en la que habia intervencido el Laurencie, procurando servir a los dos grupos para lograr en su divaricacion con el contingente que resaltó en Trafalgar, fue, al fin, el catalano y sujeto a aquel procedimiento que pudoramos llamar el castrodestino, utilizado en sus agrupaciones por los Sindicatos, a consecuencia del que consue fue trasladado al campo de trabajo de Segorbe, y sujeto allí a la dureza y malos usos característicos de tal sistema. Para retribuirle esa saturacion, ofreció Laurencie a los dirigentes nacionales facultades como supuesto arquitecto, las que le fueron otorgadas, y se le llevó de nuevo a Barcelona, en donde, tras hacer varias obras, se encargó, por ultimo, de llevar a cabo una reforma en las prisiones que existian en las celdas de Valladolid y Zaragoza.

R. L. Chacón

RESULTANDO: Que, preocupado el llamado «Gobierno» de la República con mantener una máscara de legalidad y humanidad que en el extranjero sirviera de fines de propaganda y encubriera de algún modo la vergüenza de que Naciones que se titulaban civilizadas fueran cómplices de escandalosos e inhumanos delitos exhibidos hasta entonces sin tapujos ni disfraz, y por ello mismo públicos y notorios, en la zona aun irredenta, se buscó la fórmula para, sin abandonar ese camino de barratara, velarlo con una máscara de que fueran portavoces amplificadores turistas extranjeros lo suficientemente comprensivos, indulgentes y alucinados, a quienes se mostraria la faceta que interesaba subrayar, desconociéndose luego la realidad complementaria y clandestina, a pretexto de que el Gobierno no tenía noticia de ellas; a esa finalidad respondieron precisamente las obras de reforma que se encomendaron a este procesado, en las prisiones aludidas en el Resultado anterior; eran éstas de tres clases: a) en primer lugar, se quería ampliar la capacidad de las cárceles clandestinas o chekas para que la persecución de infelices se incrementara al mismo ritmo que exigía el creciente descrédito y derrumbamiento del régimen marxista; en segundo lugar, era preciso construir unas cuantas celdas de aspecto hasta confortable, para que unos necios o unos malvados creyeran o simularan creer que ellas reflejaban la verdadera situación de los reclusos; c), en último término, se deseaba—aunque la ferocidad de los carceleros no permitió nunca la plena realización del propósito—que los tormentos, que se aplicaban para obtener confesiones amañadas y averiguar secretos, no dejaran huella material, sustituyendo el tormento físico y traumático brutal por otros más refinados o «psicotécnicos».

Por qué hice las chekas de Barcelona

RESULTANDO: Que en las obras de la tercera categoría antes citada fué donde el procesado se distinguió, al demostrar su perverso ingenio, al ser autor, realizador y director, con el aplauso entusiasta de aquellos verdugos, de las celdas de castigo que a continuación se describen, en las que fueron atormentados despiadadamente los varios testigos que depusieron en esta causa e infinidad de víctimas, sin otro motivo que el de ser personas decentes o estar emparentadas con nacionalistas, cuyo paradero se ignoraba; consistían esos instrumentos de tortura en una serie de reducidísimas habitaciones, más bien antros, en los que, por una diabólica combinación de luz, calor, frío y agua, se sometía a los allí detenidos a múltiples torturas físicas y morales que desgastasen y quebrantaran su moral; eran substancialmente de cinco clases: a) las llamadas de «colores» en las que se torturaban las facultades morales y psicológicas de la víctima. Un catre, de cemento, de 1'50 metros de longitud por 60 centímetros de ancho, con una inclinación de un 20 por ciento invitaba al reposo, y lo impedía, pues la tendencia a deslizarse y la excitación de los centros nerviosos del sentido del equilibrio obligaban a un constante despertar. Un pilón cuadrangular de cemento, a la altura de 70 centímetros y con la superficie superior inclinada, sugería la idea de sentarse, y no lo permitía por su configuración; una serie de ladrillos hábilmente dispuestos en el piso, sobresaliendo de él 20 centímetros, dejando entre ellos pequeños huecos, colaboraba con el catre y el pilón antes descritos para impedir al recluso ese pasco que constituye su única distracción y el ejercicio imprescindible a su organismo y a la tonificación de unos nervios quebrantados; un reloj, con el muelle recortado para conseguir un avance del horario desconcertaba y hacia interminable la espera de una comida insuficiente; un potente foco de luz sobresaltaba, con sus arbitrarias intermitencias, y completaban el sistema una

serie de rayas, angulos, círculos, rombos y otras figuras geométricas destinadas a ser captadoras constantes de la atención, con el consiguiente y enorme desgaste de la voluntad que ello implicaba; b) las conocidas por «campanillas», «verbena» o «arriario». Esta segunda clase de celdas, tal vez las más infernales de todas, eran unos verdaderos cajones de madera, revestidos de cemento por todas sus caras menos por la de entrada, de 60 a 40 centímetros, en las que, en contorsión casi epiléptica, se introducía al detenido, gravitando todo su peso sobre las rodillas, en posición de cuchillas, con un pequeño asiento en la pared del fondo, tan insignificante e inclinado que el descansar en él era imposible; el piso, en fuerte declive, no permitía tampoco apoyar los pies de un modo estable y la presión y dispositivo de unas tablas anteriores lograban la inamovilidad absoluta del cuerpo allí enclaustrado; una potentísima luz, colocada a pocos centímetros de los ojos, los deslumbraba y casi cegaba, sin que el supliciado pudiera cubrirse los con las manos, y un timbre incesante y una dieta absoluta servían de complemento a este martirio; c) La llamada celda «esférica», con su forma y sus alquitranadas y desnudas superficies internas, en absoluto integrales, sin posible referencia de situación, perseguía el tormento psicológico de la desorientación y de la extenuación que implicaba el calor de horno allí incubado con la absorción de los rayos solares en la coloración exterior; d) La celda «nevera», en donde el cuerpo del detenido, hambriento, era sometido a la acción de las duchas heladas que salían de las cuatro paredes de la celda, techo y suelo, exponiéndosele a la salida a fuertes corrientes de aire frío; y e) La «carbonera», de reducidísimas dimensiones, con un techo de cemento cuya superficie superior estaba surcada de estrías tan cortantes que a los pocos momentos el cuerpo allí recostado era una llaga

viva, mientras un metrónomo desempeñaba su función «psico-técnica» con su tic-tac incesante.

RESULTANDO: Que, como premio a esta colaboración del inculpado, disfrutó éste de una absoluta libertad, actuando como director de tales obras y empleando en ellas reclusos, a quienes hacía trabajar y castigaba con toda dureza; habiendo sido detenido de nuevo a consecuencia de las irregularidades y estafas cometidas en sus obras, y siendo ingresado en la prisión denominada Collbl, de donde fué liberado por las tropas nacionales.

Hechos probados.

CONSIDERANDO: Que los hechos de que se deja hecho mención fueron llevados a cabo por el procesado para propugnar, favorecer, impulsar y sostener el Alzamiento en armas y la tenaz resistencia que contra los legítimos Poderes del Estado, asumidos por el Ejército a partir del 17 de julio de 1936, en cumplimiento de su función constitutiva, se desarrolló en toda España, y singularmente en esta región, estando identificado plenamente con la finalidad subversiva y revolucionaria que los marxistas perseguían, por lo que hay que estimar que es culpable, en concepto de autor, del delito de rebelión militar, previsto y penado en los artículos 237 y párrafo segundo del 238, ambos del Código de Justicia militar.

CONSIDERANDO: Que son notorias la perversidad del delincuente y la trascendencia que ha tenido el delito, tanto con relación a los intereses sagrados de la Patria, como al daño

R. L. Chacón

causado a los particulares, por lo que, haciendo uso de las facultades que al Consejo confieren los artículos 172 y 173 del repetido Código castrense, se estima justo imponer la pena correspondiente en su mayor gravedad y extensión.

CONSIDERANDO: Que, aunque se estimara probado que el reo hubiera en algún caso saboteado el régimen marxista o favorecido a ciertas personas de orden, no cabe apreciar estas circunstancias como atenuantes de su responsabilidad criminal, en primer término, porque quedaban anuladas con la restante actuación, tan perjudicial, del encartado, y, en segundo lugar, porque ni hay la menor base para suponer que tales actos respondieran a un propósito de beneficiar a la verdadera España—antes bien, consta el desprecio ostensible hacia ella del procesado, y el que éste perseguía móviles bastardos como el de obtener una remuneración económica o realizar un propósito de venganza —, ni de ellos puede derivarse ninguna utilidad apreciable, por lo mismo que faltó toda conexión que pudiera haber canalizado y patentizado esa supuesta colaboración; y, en último término, porque la inmensa mayoría de los hipotéticos servicios que se atribuye el procesado no podrían tener otra prueba que sus simples aseveraciones, por demás novelescas e inverosímiles.

CONSIDERANDO: Que toda persona criminalmente responsable de todo delito o falta, lo es también civilmente.

Vistas las disposiciones legales citadas, el Bando de declaración de estado de guerra de 28 de julio de 1936 y las demás de general aplicación.

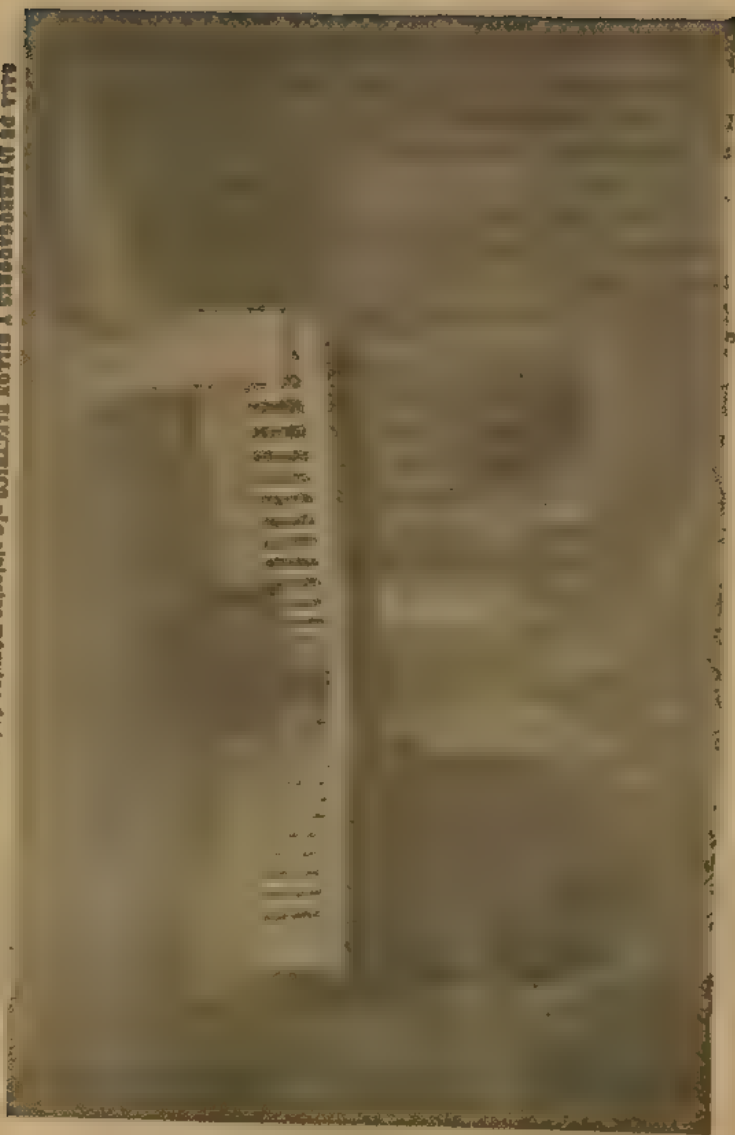
Por qué hies las chekas de Barcelona

FALLAMOS: Que debemos de condenar y condenamos al encausado Alfonso Laurencie A LA PENA DE MUERTE, con las accesorias de interdicción e inhabilitación absoluta perpetua, caso de conmutación, declarándole civilmente responsable de los daños causados por la rebelión.

Así, por esta nuestra sentencia, lo Pronunciamos, Mandamos y Firmamos.

■
OTROSI DECIMOS: Que llamamos respetuosamente la atención de la Autoridad judicial sobre la conveniencia de que se ordene la ejecución de la pena impuesta en la forma prevista por el Código penal ordinario, para la debida ejemplaridad en el castigo de hechos tan trascendentes y perversos como los que se imputan al condenado —Adolfo Fernández Navas, Nicanor Fernández Rodríguez, Alfredo Ferriz Calpe, Felipe Toral García, Carlos Alvarez Martínez. Rubricados.—

LA SALA DE INVESTIGACIONES Y EL LABOR ELECTRICO.-Las principales maquinas de tormento, en la que son destruidos los
prisioneros de guerra y los rebeldes suplicios



UN ESCRITO CÍNICO

LAURENCI EXPLICA COMO IDEO Y CONSTRUYÓ
LAS DANTESCAS CELDAS DE TORMENTO
DE LAS CHEKAS DE BARCELONA

El espíritu y la materia a contribución de los contraheridos
"genuos del mal."

Torturas morales y físicas.

PREVENTORIO VALLMAJOR

Al folio 38 del sumario figura copia de un escrito, de puño y letra de Alfonso Laurencie, titulado «Preventorio Vallmajor».

En esas cuartillas explica la distribución del edificio, integrado por el chalet de los Interrogadores y la prisión propiamente dicha; aquél estaba instalado en la calle de Vallmajor, número 1, frente por frente a un antiguo convento, que después sirvió de Escuela de Párvulos de la Generalidad. A petición de Cobos, jefe de los Interrogadores, y con el fin de evitar que los detenidos que habían de ser interrogados no tuviesen que cruzar la calle, se pensó en la construcción de un túnel pasadizo, subterráneo, que pasando por debajo de la calle de Vallmajor, «facilitase el pasaje del personal desaperebidamente»; obra que no pudo llevarse a cabo por las constantes filtraciones de agua.

Por qué hice las celdas de Barcelona

«En fecha aproximada de 28 a 29 de mayo—sigue escribiendo el encartado—fui encargado por el señor Urdueña, y con carácter de trabajo urgente de la construcción de tres celdas armario, instrumento de tortura, las cuales, colocadas en un pequeño reducto del chalet, debían de servir a «trabajar» los detenidos que se hubiesen mostrado recalcitrantes durante el interrogatorio. A petición mía, para que explicase detalladamente de qué construcción se trataba, Urdueña me hizo acompañarle a su despacho, y allí, con papel y lápiz, diseñó un armario, con formas y medidas que me daba con aproximación: ancho, de hombro a hombro; más bien bajo, y con un techo movable que obligue al paciente a agacharse, etc., etc., diseñándome con una forma humana la posición que el paciente debía de ocupar en este armario. Yo mismo que en 1937 había abierto un informe contra el empleo de esta clase de instrumentos de tortura por parte de la «celda» del convento de Santa Ursula, de Valencia, y cuyos datos auténticos me fueron facilitados por el argentino Lipschutz, miembro de la Liga de los Derechos del Hombre, que padeció tormento en uno de estos armarios, hablando con conocimiento de causa, pregunté a Urdueña el motivo «por qué se tenía que inclinar el piso—sobre los pies», a lo que Urdueña contestóme que, habiendo él pasado también por uno de estos armarios durante su persecución (?) en España, él quería, no solamente copiarlos, sino mejorarlos, mejor de lo, aumentar los efectos, por lo que me indicó que debía de dar una abertura en la puerta para poder colocar una parrilla de lampara. Asimismo, que se colocase una línea de corriente para conectar un bordon, consistente en la capataza, con la de una campanilla eléctrica «sin» la campana. Aprovechando los detalles dados por Urdueña, hice en el día 6 un boceto de las celdas que debían construirse: 50 centímetros de ancho por 40 de profundidad,

altura graduable de 1'10 a 1'60, conteniendo en su respaldo un saliente de unos 13 centímetros de largo, colocado a 63 centímetros del suelo, que debía servir «como de asiento» al paciente. La altura de este asiento obligaba al paciente a sostenerse sobre las puntas de los pies; la estrechez, o, mejor, la poca profundidad hacía que tocara la puerta con sus rodillas, reposando en éstas todo el peso del cuerpo, que resbalaba continuamente del asiento. El techo graduable, rebajado a medida, impedía al paciente enderezar el cuerpo. Sendas tablas, colocadas entre las piernas y delante del pecho, debían impedir cualquier movimiento de las extremidades—cruzar las piernas, cambiar de posición, apoyar la cabeza sobre los brazos, taparse la cara o la vista de la luz encendida—. En conversación sobre el uso de estos armarios, Urdueña opinaba que una permanencia de cinco o diez minutos en los mismos, sabría ablandar al más recalcitrante. «Debo hacer notar una observación personal mía, y es que en el transcurso de las obras y tantas veces como pasé delante del reducto-armario, y aperebido, por el bordoneo, de que un pobre paciente sufría la tortura, en ese momento, procuré, valiéndome de toda clase de motivos, no alejarme del lugar, pues quería, por curiosidad invencible, asistir a la entrada o a la salida de un detenido. Puedo decir haber esperado, a veces, de 20 minutos a media hora, «sin» que se retirase al preso del armario, pudiendo asegurar, por consiguiente, bajo mi palabra, que la tortura de los interrogados sobrepasaba más de treinta minutos. De oídas, tengo entendido que en la mayoría de los casos los así penados no pudieron nunca salir por sus propios pasos, sino que fueron «sacados» de allí desmayados. Me consta, asimismo, por una observación de Urdueña—que me advirtió que había de arreglar una puerta de uno de los tres armarios—, que aquélla había sido rota por un preso, el cual, sin duda, y ésta es una observación mía, debía

haberse rebelado o exasperado hasta la locura, y, haciendo presión de todas sus fuerzas, reventado la puerta para libertarse del tormento». Se habló también de instalar un sistema llamado del «cajón», invento puesto en uso por Selaja-Kindeman, en Santa Ursula, en Valencia, como consta igualmente en el informe de mayo de 1937, y cuyo empleo fué rotundamente rechazado por Urdueña, quien dijo que el procedimiento, demasiado lento, necesitaba el cuidado de gente y que, no teniendo agentes para el servicio, menos tenía para hacer de «amas de cría».

A continuación, explica el encartado la distribución dada a la prisión de Vallmajor, donde en celdas de 3 por 3 metros permanecían 10, 12 ó 15 presos durante tres meses, por lo menos. Dice que cuando se empezó a hablar de las celdas psicotécnicas, fué aceptada la construcción de cuatro, reservándose la construcción de más hasta ver si daban resultado. La altura del techo de estas celdas era de dos metros, 2'50 metros de largo y 1'50 de ancho. Están situadas hacia el Sur, y reciben la luz del sol continuamente, y Urdueña se procuró el alquitrán, alquitranándolas por dentro y por fuera para que los rayos del sol, dando de lleno en lo negro, sobrecalentasen el aire de las celdas. Urdueña, que ordenó esto en junio de 1938, no pensaba prestarles un señaladísimo favor a los presos que hubiese en invierno, dotándoles de esta calefacción.

La forma rectangular de 1'50 m. por 2'50 m. se halla quebrada en un rincón por una curva que forma la pared, cuya finalidad psicotécnica debía de ser la de romper la monotonía acostumbrada de otras celdas. El interior de cada una de las cuatro celdas se hallaba repartido así: una superficie, que debía servir de camastro, hecho de obra, de 1'50 de largo por 0'60 de ancho, adosada a la pared, con una inclinación lateral de un 20 por 100. La finalidad a conseguir por estas dimensio-

nes era: obligar al preso a encoger las piernas, visto que con metro y medio la cama era demasiado corta; con 60 centímetros de ancho le salía el coxis o las rodillas, de un lado, mientras que en el lado opuesto, o sea la pared, el solo tocar en ella debía iniciar el movimiento de resbalo facilitado por la pendiente de 20 por 100 de la superficie del lecho. Si bien se podía uno aguantar cierto tiempo en esta posición, mientras conservaba la más absoluta inamovilidad, es comprensible que un durmiente, al menor movimiento involuntario, debía resbalar, teniendo así que permanecer en una semi-sonmolencia interrumpida por el continuo despertar. Esta intención no llegó a realizarse, como la práctica lo demostró más tarde, pues todos los presos prefirieron sentarse únicamente sobre el camastro, y de esta forma, alargándose bien y apoyando la espalda en la pared, se podía permanecer hasta con una relativa comodidad. Este defecto técnico no fué previsto al ser construidos los camastros demasiado bajos, aproximadamente a 0'35 ó 0'40 metros del suelo.

No le quedaba al recluso más que estarse de pie o abandonarse a su distracción preferida: ir y venir, caminando por la misma diagonal, a través de la celda. Este movimiento—que llega por su monotonía a adquirir para todos los presos una especie de dopo o de momentáneo letargo del pensamiento, y que servía para abreviar las horas del recluso—debió ser cortado de raíz por la colocación de obstáculos en el suelo que impidiesen esa distracción.

Con la colocación de ladrillos puestos de canto, en todo el suelo, el recluso no podía hacer sino contemplar las cuatro paredes, y entonces debían intervenir los efectos psicofísicos. «Se me dió por parte de Garrigó el encargo de repartir por las celdas diferentes figuras de ilusión óptica, como dados, cubos,

espirales, puntos o círculos, de diferentes colores, así como trazar en la pared líneas horizontales y otros dibujos.»

En la famosa reunión en la que se había discutido el proyecto, fui preguntado por Garcés, el cual se dirigió a mí como entendido en colores y efectos de luz, preguntándome qué efectos producían los colores siguientes:

Rojos.—Contestación mía: animaba, enardecía, calentaba los sentidos visuales, y, por consiguiente, el temperamento.

Azul.—Contesté que era una luz fría, calmante, recomendable para nerviosos y de temperamento histérico.

Amarillo.—Que no producía efectos notables; que era el que más se parecía a la luz solar; que realzaba y embellecía los colores, y se empleaba mucho en decoraciones.

Verde.—Contesté que era triste, lúgubre, «como un día de lluvia», que predisponía a la melancolía y a la tristeza.

Por lo que, recordando estos detalles, que son míos, Garrigó propuso la colocación de vidrios verdes, llamados de «Catedral», en la ventana, para obtener así de día el efecto antes descrito. La luz nocturna, que debía estar continuamente encendida—sistema ordinario de todas las chekas—debía obtenerse por medio de una potente lámpara que, por su claridad, colocada precisamente sobre el camastro, debía impedir un dormir efectivo.

De todos estos efectos el que considero, personalmente—en mi condición de ex recluso—pasado por todos los tubos—, como el refinamiento de la crueldad más perversa, y que, curiosamente, no fué propuesto por Garrigó, sino por Urduná, consistía en colocar, en un orificio hecho en la pared que da al pasillo exterior, visible para el preso y manijable desde el exterior por el guardia de servicio, un reloj que marcase las

horas, como un reloj ordinario. El truco, desconocido para la casi totalidad de la gente, e invisible, además, consistía en que se había acortado el muelle regulador de este reloj, el cual, por consiguiente, adelantaba a razón de cuatro horas por 24 horas.

«La finalidad que para el simple mortal pudiera ser grotesca, pues parece que uno se tendría que dar cuenta de que, cuando es de noche y el reloj marca las 10 de la mañana, no pueden ser las 10 de la mañana, tenía una finalidad más perversa, que quizá sólo podrá comprender quien haya estado recluido más o menos tiempo. El reloj personal de cada individuo es su estómago. El menor retraso en el reparto del rancho—con lo escasa que era servida la comida—, los mismos minutos en hacer cola o esperar turno eran para los reclusos un tormento. Y cuál no sería el tormento del preso que ve marcadas las doce en el reloj; hora del rancho, y que, a lo mejor, sólo son las diez, y le quedan hora y media o dos horas todavía. Su vista y su estómago le tiranizan al extremo de que creo poder afirmar que de todos los efectos psicotécnicos es quizá el más cruel y el de más tortura.»

DESPUES DEL CONSEJO DE GUERRA

El Consejo de Guerra sumarísimo instruido contra Alfonso Laurencie, ha sido publicado por la Prensa local, muy fragmentado, muy sumariamente. Ninguno de los diarios locales, ni la Prensa de provincias, ha ofrecido cabal referencia, información completa, uniforme y vertebrada del sensacional proceso. Los diarios de Barcelona publicaron en su día la información del célebre Consejo de Guerra, ateniéndose a las instrucciones dictadas por la Superioridad. Es por eso que al dar remate y cima a esta obra, experimentamos el natural prurito de satisfacción personal. Podría, tal vez, atribuirsenos inmoderada falta de pudor periodístico, si pretendiésemos recabar para nosotros la absoluta paternidad de lo

inédito, en lo que atañe y respecta a la divulgación y propagación de aquello que la Prensa no ha referido ni tan siquiera con parquedad sumaria. Sin embargo, declaramos sin ambages ni eufemismos, que al desflorar el público español estas últimas notas, lo hacemos convencidos de que servimos antes que el interés de la clase profesional periodística, los altos intereses de la Nación, coadyuvando por modo notorio a la máxima propagación del más impresionante relato de estos tiempos.

Notificación de la sentencia al procesado.

La celebración del Consejo de Guerra contra Alfonso Laurencic, había tenido en vigilante y expectante atención a sin número de españoles.

Lo que nosotros no creíamos era que pudiera ofrecer el proceso un tan apasionante interés.

La pregunta era siempre de este tenor:

— ¿Cuándo fusilan a Laurencic...?

— ¿Han fusilado ya a Laurencic...?

— ¿Todavía no se sabe nada de Laurencic...?

— ¿Qué pasa con lo de Laurencic...?

(Verdaderamente era tan monstruoso que no cabía esperar de los altos Poderes la conmutación de la pena.)

— ¿Han indultado a Laurencic...?

— Pero, ¿será posible...?

Y así fueron discurriendo los días que sucedieron al en que tuvo lugar el juicio sumarísimo.

Mas el tiempo pasaba, y ni los mismos que podían estar informados, sabían a ciencia cierta, cuándo sería cumplida la sentencia.

Y, cuando menos lo pensábamos, el 8 de julio de 1939, Año de la Victoria, encontrándonos cumpliendo deberes informativos, supimos, de súbito, que Laurencic de un momento a otro, iba a entrar en capilla.

Aprovechamos la oportunidad y cambiamos impresiones con quienes podíamos hacerlo. Y la noticia nos fué confirmada y revalidada con la certidumbre de los hechos consumados. Laurencic había firmado el enterado en la diligencia de notificación de la sentencia.

Renunciamos, por imperativo del deber y respetuoso acatamiento y subordinación a los altos Poderes, a describir con tintes patéticos el sombrío y dramático, crudo y fuerte realismo de la hora trágica y definitiva que había sonado para Laurencic. Ni tan siquiera vamos a extendernos por medio de estas últimas palabras acerca del particularismo o el detallismo del hecho. A Laurencic le fué leída la sentencia, siendo el día 9 de julio de 1939, Año de la Victoria.

Dice Laurencic al Juez: «Soy víctima de las circunstancias».

Y tras la detenida lectura de la sentencia, el encartado Alfonso Laurencic, que a la sazón se hallaba recluso en la Prisión Celular, se dirigió al Juez militar, que había acudido a dicho Establecimiento, constituyéndose en comisión judicial, a la una de la madrugada, para notificarle la sentencia, que era su deseo hacerle un ruego: Que le permitiese hablar. Y así lo hizo Laurencic. Manifestó repetidamente que él "era una víctima de las circunstancias"

**«Muero con la conciencia
tranquila...
¡Viva el Generalísimo
Franco!»**

El alegato concedido por excepción a Laurencic fué har-
to prolijo. En circunloquios, vaguedades, incoherencias, ex-
culpaciones... incurriendo durante su declaración postrera en
lagunas de expresión análogas que las de su alegato en el
Consejo de Guerra sumarísimo.

Dijo Laurencic que "moría con la conciencia tranquila",
— (de cristianos es perdonar. ¡...pero, cuántos inocentes mu-
rieron por su culpa, extenuados en noches horribles y en días
que eran noches también, atormentados, suplicialos, tortura-
dos por la aparatosa, infernal máquina ideada con satanismo
increíble por la artera maña de Laurencic...!)— Y todavía lle-
gó a decir algo más. Extraordinario: "Aunque sé que voy a
morir, ¡Viva el Generalísimo Franco!...

**El reo en Capilla.- Una car-
ta a su mujer.**

Conociendo ya su fin cercano, dirigió una carta a su mu-
jer. Entretanto se ha ido cumpliendo el trámite de notifica-
ción de sentencia, ha quedado instalada la capilla, donde el
reo ha de vivir sus últimas tres horas. En la capilla se ha
instalado el altar, con la imagen del Redentor.

El reo ha entrado en capilla con ánimo sereno; con gran
presencia de ánimo.

Ha hecho nuevo ruego al Juez militar. Para que le per-
mita escribirle a su esposa. El Juez accede a esta demanda del
reo. Laurencic, sirviéndose de lápiz y papel, con pulso firme

y sin vacilación en la expresión, ha escrito su última carta.
A su esposa: Una breve epístola de despedida.

El reo confiesa y comulga.

Laurencic confiesa con el sacerdote, que le exhorta a bien
morir. Después comulga.

El reloj avanza. El momento del fusilamiento se aproxi-
ma. El sacerdote prodiga su aliento y fé en Dios al que va a
ser fusilado. Requiere al reo al arrepentimiento. Laurencic,
el siniestro hombre de las "Chekas", da muestras de sereno,
imperturbable, completo dominio del espíritu...

**Ultimos momentos de Lau-
rencic.**

Han transcurrido unos minutos verdaderamente mortu-
ales. Junto a la puerta de la capilla están ya las fuerzas encar-
gadas de custodiar y trasladar al reo al lugar de la ejecución.

En los momentos finales Laurencic vestía abrigo de co-
lor marrón y calzaba alpargatas.

Se le requirió por si deseaba comer alguna cosa, pero no
hizo ninguna manifestación en dicho sentido.

**En el Campo de la Bota.-La
ejecución.**

Cuatro de la madrugada del día 9 de julio de 1939.
Año de la Victoria. Laurencic es conducido al Campo de
la Bota.

Ya está el reo delante del piquete. Laurencic no ha que-
rido que le venden los ojos.

El momento final se acerca.
Laurencio levanta el brazo, y saluda al estilo Nacional. La descarga atruena y Laurencio cae desplomado sin haber hecho en aquel supremo instante de su vida ninguna manifestación.

El acto final se había consumado.

EXPRESION DE RECONOCIMIENTO

Sean estas palabras, últimas, para testimoniar homenaje de agradecimiento a los componentes del Tribunal Militar que juzgó a Laurencio.

Al Presidente y al Vocal Ponente, particularmente.

Y al Auditor de Guerra y a su Secretario, y a cuantos han tenido la bondad y la gentileza de facilitarnos la impropia cuanto ingrata labor informativa en este sensacional Proceso.

Expresión de reconocimiento también, del más formal y rendido reconocimiento, pues sin su valiosa intercesión no nos habría sido posible publicar esta obra.

A todos, pues, mi saludo y mi gratitud.

¡ARRIBA ESPAÑA! ¡VIVA ESPAÑA!

R. L. CHACÓN.

1.º de agosto de 1939. — Año de la Victoria.

«La masonería hizo sus estragos, pero sucumbió.

¡Viva Franco.»

«¡Infierno, Rusia!

¡Infierno! Es igual.

Franco salvará la civilización cristiana.

¡Arriba España!»

«Hermanos míos Gregorio y Salvador Bróto Sender. Sufristeis mucho; os asesinaron, pero vuestro hermano os hará justicia.»

Inscripciones hechas por los presos en las paredes de la «chekas»
de la calle de Vallmajor.